

GIACOMO D'ALISA, FEDERICO DEMARIA
y GIORGOS KALLIS

DECRECIMIENTO

UN VOCABULARIO PARA UNA NUEVA ERA

Icaria ✦ Antrazyt
DECRECIMIENTO

PREFACIO A LA EDICIÓN EN INGLÉS

Giacomo D'Alisa, Federico Demaria, Giorgos Kallis*

Cuando el lenguaje de uso corriente es inadecuado para expresar lo que pide ser expresado, comienza a ser hora de disponer de un nuevo vocabulario.

Vivimos en una época de estancamiento, de rápido empobrecimiento de gran parte de la población, de crecientes desigualdades y de desastres socioecológicos; desde el huracán Katrina, pasando por Haití y Filipinas, a Fukushima, del derrame de petróleo en el Golfo de México o el entierro de residuos tóxicos en la Campania italiana, al cambio climático y el continuo desastre de muertes evitables provocado por la falta de acceso a la tierra, el agua y los alimentos.

Se percibe un fracaso, aun por parte de pensadores radicales, a la hora de aportar respuestas que no se basen en los imperativos del crecimiento y el desarrollo. Si el afán por el crecimiento provoca crisis económicas, sociales y ambientales, tal como afirman los autores de este libro, el crecimiento no puede ser entonces la solución. Hay nuevas alternativas brotando por doquier. Van desde nuevas formas de vivir, producir y consumir en común hasta nuevas instituciones que permitan asegurar la subsistencia de todos, sin crecimiento. No obstante, son necesarias narrativas contrahegemónicas más integradoras para poder articular y conectar estas nuevas alternativas. Esperamos que este libro proporcione las palabras clave para elaborar tales narrativas.

El decrecimiento tiene múltiples interpretaciones. Personas muy diferentes llegan a él desde diversos ángulos. Algunos, porque constatan

* Investigadores del ICTA UAB y miembros de Recerca i Decreixement (www.degrowth.org)
vocabulary.degrowth.org.

que hay límites al crecimiento. Otros, porque consideran que estamos entrando en un período de estancamiento económico y que deberíamos hallar vías para mantener la prosperidad sin crecimiento. Otros más, porque creen que una sociedad verdaderamente igualitaria solo puede ser aquella que se libere del capitalismo y su búsqueda insaciable de expansión, una sociedad que aprenda a limitarse a sí misma de forma colectiva y que trabaje sin estar permanentemente calculando la utilidad egoísta. Y otros, finalmente, porque el término «decrecimiento» les resulta muy coherente con el modo de vida que han elegido.

Las contribuciones a este libro provienen de diversas escuelas de pensamiento, de diferentes disciplinas y de variadas esferas de vida: economistas ecológicos (bioeconomistas y defensores de una economía en estado estacionario), antiutilitaristas, (neo)marxistas, ecologistas políticos, cooperativistas, «nowtopistas» y diversos activistas y practicantes. Cada uno de nuestros colaboradores ve al decrecimiento de modo ligeramente diferente. No todos ellos comparten necesariamente lo que se afirma en otras contribuciones.

El decrecimiento se resiste a una definición simple. Como la libertad o la justicia, el decrecimiento expresa una aspiración que no puede ser encerrada en una frase. El decrecimiento es un marco en el que coinciden diferentes líneas de pensamiento, imaginarios o cursos de acción. Interpretamos esta versatilidad como fortaleza. De ahí que decidiésemos representar al decrecimiento mediante una forma (suelta) de diccionario. El vocabulario del decrecimiento es una red de ideas y conversaciones, basada fundamentalmente en las tradiciones radicales y críticas, pero a la vez abierta y dispuesta a múltiples conexiones.

El libro comienza con un ensayo escrito por tres de nosotros. Es más extenso que el resto de entradas del libro, no porque hayamos sido más indulgentes con nosotros mismos en cuanto al máximo de palabras, sino porque trata de presentar al «decrecimiento» relacionando todas las demás palabras clave que aparecen en el libro. En esta introducción presentamos la historia del término decrecimiento y las diversas propuestas e ideas que engloba.

El resto del libro está dividido en cuatro secciones. La primera examina las raíces intelectuales sobre las que se sustenta este concepto, es decir, las epistemologías del decrecimiento. Las entradas resumen en pocas palabras determinadas escuelas de pensamiento y su relevancia para el decrecimiento. La segunda parte presenta los conceptos centrales de la crítica que el decrecimiento hace del *pensamiento único* del crecimiento y las propuestas de alternativas a tal modelo. En esta sección,

cada entrada representa un enfoque diferente del decrecimiento. Conjuntamente, estas entradas conforman la teoría del decrecimiento. La tercera parte pasa a la acción y se centra en propuestas institucionales concretas y en ejemplos existentes de cómo luce el decrecimiento en la práctica. Las entradas van desde políticas estatales a proyectos de activistas, y tratan de abarcar toda la gama de imaginarios postcapitalistas basados en el decrecimiento. Finalmente, la cuarta y más breve sección del libro analiza las «alianzas»; presenta escuelas de pensamiento, actores y conceptos que comparten mucho con el proyecto del decrecimiento, pero que hasta ahora solo tienen vagas conexiones con él. Es allí donde podrán hallarse y fortalecerse los vínculos geográficos más fértiles, así como las futuras áreas de ampliación del decrecimiento.

Los lectores pueden abordar el libro del modo lineal habitual, leyéndolo entrada por entrada; pero, según nuestro parecer, esta sería la forma más aburrida de hacerlo. Una alternativa sería comenzar por la que parezca la entrada más sugerente y luego dejarse llevar por las remisiones (señaladas en negrita) a otras entradas. Un lector meticoloso puede desear leer todas las entradas mencionadas en una determinada entrada, para luego pasar a la siguiente entrada no leída y hacer lo mismo, hasta que él o ella haya leído el libro en su totalidad. Invitamos a los lectores a trazar su propio itinerario a través del libro y a sacar sus propias conclusiones sobre qué significa el decrecimiento para cada uno.

Al final del libro, en un ensayo titulado «De la austeridad a la dépen-se», definimos lo que el decrecimiento ha llegado a significar para nosotros en el proceso de preparar este vocabulario y leer las contribuciones. Dejamos constancia allí de nuestra visión políticamente comprometida y selectiva respecto al libro. Invitamos a los lectores a visitar el sitio www.vocabulary.degrowth.org para conocer nuestro enfoque y, si así lo desean, dejar sus propias reflexiones y opiniones sobre el contenido de este libro.

A los autores que participaron en este volumen se les recomendó que escribiesen de forma accesible pero sin caer en el simplismo. Las entradas están escritas para un público amplio, no para especialistas. No requieren conocimientos previos sobre los debates o manejar determinada terminología. No obstante, están encuadrados y redactados con el rigor y la pericia que pueden esperarse en capítulos de un libro académico. Al finalizar cada entrada, hay una bibliografía de un máximo de cinco referencias para quienes deseen profundizar más en cada tema.

El libro es una obra colectiva, pero con nuestro sesgo particular en la selección de los colaboradores y en la disposición de las entradas. Como

en todo producto cultural, las aportaciones al libro no son exclusivamente nuestras, sino el resultado del esfuerzo conjunto de todos aquellos con quienes hemos leído y discutido el contenido. Encarna y está integrado en la función social y familiar de la reproducción. Es el resultado de una puesta en común.

Esta obra es tanto nuestra como del colectivo barcelonés Recerca i Decreixement / Research & Degrowth / Investigación y Decrecimiento (www.degrowth.org, @R-Degrowth). En sus encuentros de lectura de los lunes hemos desarrollado la mayoría de las ideas contenidas en este libro. Muchos de los miembros de este colectivo, algunos de ellos también investigadores en el Institut de Ciències i Tecnologia Ambientals (icta) de la Universitat Autònoma de Barcelona, también colaboran en este libro. Pero permítasenos citarlos uno a uno: Filka, Viviana, Claudio, Marta, Kristofer, Erik, Christian, Iago, Christos, Daniela, Diego, Rita, Lucha, Aggelos, Marco y los diversos participantes ocasionales en el grupo de lectura, demasiados para ser nombrados aquí. Nuestro especial agradecimiento a Joan Martínez-Alier, que creó en el icta un maravilloso refugio para el pensamiento radical, sin el cual nunca hubiésemos podido coincidir para trabajar en común, y a François Schneider, que trajo a Barcelona su pasión por el decrecimiento y la compartió con todos nosotros. Queremos también agradecer a todos aquellos sin cuya ayuda este libro no se hubiese completado: a Jacques Grinevald, que generosamente nos transmitió sus conocimientos sobre la historia del decrecimiento, a nuestros traductores del francés y del castellano, Bob Thompson y Cormac De Brun, a nuestros editores en Routledge, Robert Langham, Andy Humphries, Lisa Thomson, Laura Johnson y Natalie Tomlinson, y a Valerie McGuire (con la colaboración de Jason Badgley) que no solo tradujeron las entradas del italiano, sino que concienzudamente leyeron y editaron todas las entradas del libro, mejorando el inglés de los colaboradores no nativos y posibilitando que sea este un volumen verdaderamente internacional; y a Bàrbara Castro Urío (labarbara.net), nuestra diseñadora gráfica y autora de la ilustración de la portada, por su asesoramiento estético.

Finalmente queremos agradecer la ayuda del Gobierno español mediante el proyecto CSO2011-28990 BEGISUD (Beyond GDP growth: Investigating the socio-economic conditions for a Socially Sustainable Degrowth) y de la Unión Europea, a través del Programa Marie Curie Action Initial Training Networks: FP7 – PEOPLE - 2011; contract No 289374 — ENTITLE (European Network for Political Ecology).

Este libro tiene varios capítulos y autores. No hemos sido los únicos que trabajamos en él, pero lo hemos hecho esmeradamente. Desearía-

mos dedicar nuestras contribuciones a quienes más queremos. Giacomo D'Alisa a su presente y su futuro, a su esposa Stefania y a sus hijos Claudia y Nicolás. Federico Demaria a su compañera Verónica, a sus padres María y Mario y a su hermano Daniele. Giorgos Kallis a su esposa Amalia, a sus padres Vassili y María y a su hermana Iris. Y por último, si bien no menos importantes, a todos nuestros amigos y compañeros.

Barcelona, abril de 2014

PREFACIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Federico Demaria, Giacomo D'Alisa y Giorgos Kallis

Afortunadamente, cuando desembarcamos en Barcelona alrededor del 2007 el movimiento decrecentista ya estaba floreciendo en la península ibérica. Hoy en día las idea y las prácticas del decrecimiento ya se han consolidado en los diferentes rincones. Sin embargo, no tenemos mucho mérito por esto. Por razones relacionadas a nuestro trabajo y biografía, nos enfocamos en el intento de construir puentes con otras realidades (más bien académicas) que se llevaban a cabo fuera de este territorio, mientras que aquí mujeres y hombre realizaban las *nowtopias* que son presente y horizonte del decrecimiento.

Por lo que conocemos, nadie ha escrito aún una historia del decrecimiento en España,¹ como Timothée Duverger² (2011) ha hecho en Francia, analizando las diferentes corrientes y dimensiones del movimiento. Estos dos países, junto con Italia, han sido la cuna del decrecimiento (o descrecimiento, como prefieren en México). Esperamos que pronto alguien se atreva a hacerlo.

Nosotros solo nos podemos atrever aquí a esbozar algunos hechos relacionados a Cataluña,³ la realidad en la que hemos vivido los últimos años. Convivialmente hemos tenido la experiencia de la fuerza que el decrecimiento iba tomando. Sin embargo, cualquiera de sus protagonistas u observadoras —con muchas de las cuales compartimos amistad personal— darían una versión diferente. Nuestra descripción quiere solo brindar un reconocimiento a los hechos que nos han regalado fuerza, emoción e inspiración.

Es difícil dar una fecha de inicio de un movimiento que sigue la línea de continuidad de movimientos anteriores, como el ecologismo y el de la antiglobalización. Ya a principio de los años 2000 había varios debates que llevarían al despegue del decrecimiento, como los de la crisis energética

y las posibles alternativas que se podían leer, por ejemplo, en la página web *crisisenergetica.org*. En octubre de 2005 la *Revista de pensament ecologista Userda* —entonces dirigida por Xavier Borràs y cercana a ‘*Els Verds — Alternativa Verda*’— publicó un número especial sobre decrecimiento titulado «*Consumim? O ens consumim*». ⁴ En 2006 el libro francés *Objectif décroissance*⁵ se tradujo al castellano y catalán con la Editorial Leqtor.⁶ Ese mismo año, en diciembre, la organización ecologista Una Sola Terra, animada —entre otras personas— por Santiago Vilanova de Alternativa Verda, organizó una conferencia al CCCB de Barcelona titulada «El decreixement per salvar la Terra». ⁷ Artículos y entrevistas sobre decrecimiento también se podían leer en la revista *Illacrua*, que más adelante se fundió con *La Directa*. Por esas fechas, el activista y habitante de Can Masdéu, Arnau Montserrat, ponía la siguiente pregunta en la lista de correos «*Energia Decreixent*»:

Movimientos de sensibilidad antidesarrollista no nos faltan en nuestra región, pero ¿están articulados en una visión propositiva común? [...] «decrecimiento» podría ser una expresión más idónea para provocar el debate y poner el dedo en la llaga del que se podría considerar el problema central de este sistema: el crecimiento perpetuo.

Su propuesta fue bien recibida, y a principios de 2007, a partir de un grupo dedicado al estudio y a la difusión de la crisis energética, se funda en Barcelona el colectivo *Entesa pel Decreixement*. Más tarde, con muchos de sus miembros, como Edu, Laura, Salva, Rubén, Joan, Arnau, Esther, Alfonso, Stefano, Oriol, Enric y Andrea, compartimos ideas y esperanzas. Muchos de estas activistas habían participado en el movimiento antiglobalización (ej. *Observatori del Deute en la Globalització*, ODG), pero también en colectivos ecologistas, pacifistas y libertarios. La misma *Entesa* organizó en marzo de 2007 una conferencia en la Universitat de Barcelona sobre «*Decreixement, idees per desfer el creixement, i refer el món*». Con la intención de «descolonizar el imaginario del desarrollo sostenible» se invitó a ponentes como Serge Latouche, Jordi Roca, Daniel Gómez, Enric Tello y Helena Díaz. Entre las actividades más creativas de este evento cabe recordar el mítico taller sobre *de-croissants* en la panadería del Valle de Can Masdéu. A ese valle nowutópico, nuestro compañero y colega Claudio Cattaneo, para nuestra fortuna y felicidad, nos introdujo desde el principio de nuestra llegada. Ese año, el entonces director de la Agenda Latinoamericana, Joan Surroca i Seus, también invitó a Serge Latouche a Girona, en colaboración con diferentes grupos locales.

En 2008 Icaria Editorial publicó el primer libro de Serge Latouche en castellano, por iniciativa del activista de la *Entesa* Stefano Puddu, *La apuesta por el decrecimiento*, y más tarde, en 2009, *Pequeño tratado del decrecimiento sereno* y *La sociedad de la abundancia frugal*, en 2012. La 1ª conferencia internacional de París de abril 2008 y la presencia de François Schneider en Barcelona tuvieron eco inmediato en dos revistas de ámbito peninsular y latinoamericano. *Ecología Política* editada por Joan Martínez Alier, Miquel Ortega, Anna Monjo e Ignasi Puig dedicó su número 35 de finales de 2008 a lo sucedido en París. Y Martínez Alier publicó un artículo sobre Decrecimiento Sostenible en la *Revista de Economía Crítica*, n. 8, en 2009, donde sostenía que «a primera vista parece que el Sur se perjudica si el Norte no crece porque hay menor oportunidad de exportaciones y también porque el Norte no querrá dar créditos y donaciones. Pero son precisamente los movimientos de justicia ambiental y el ecologismo de los pobres tan vigorosos en el Sur los mejores aliados del movimiento por el decrecimiento económico socialmente sostenible del Norte».⁸

En aquellos años, el activista catalán Enric Duran estaba llevando a cabo su exitosa acción de desobediencia financiera que haría pública el 17 de septiembre de 2008 con la publicación *Crisis*, dos días después de la quiebra de Lehman Brothers, donde explicaba cómo el dinero se crea de la nada. Recordamos con simpatía y orgullo los días en que participamos en repartir algunas copias de las 200.000 de la publicación que denunciaba la apropiación indebida del sistema financiero en contra del 99% de la población. Nuestro compañero Enric sigue hoy en día perseguido injustamente por aquellos que son los verdaderos culpables de la crisis financiera: los bancos. Siempre ha tenido, tiene y tendrá nuestro apoyo para que pueda regresar con la libertad que lleva dentro y seguir con fuerza los ambiciosos proyectos anticapitalistas en los que participa (véase la campaña #RetornoEnLibertad⁹). Esperamos poder abrazarlo pronto.

Fue el mismo Enric Duran, junto a Entesa pel Decreixement, Gessamí y otras personas, quien en 2008 dinamizó una marcha en bicicleta por el decrecimiento en Cataluña, que condujo a la creación de la Xarxa pel Decreixement, con la intención de fomentar el discurso y las prácticas relacionadas con el decrecimiento en toda Cataluña. En ese momento estuvimos siguiendo el caso, aunque más bien enfocados en la teoría y la academia, en vez de en la acción, como a veces se nos ha reprochado justamente.

La marcha tuvo el mérito de popularizar el debate sobre los límites del crecimiento y así como la penetración cultural en los movimientos

sociales y más allá. Gracias a ella un creciente número de personas y grupos empezaron a ver el decrecimiento como horizonte no solo en la reflexión, sino también de lucha y acción. Al final de marcha, más de 300 personas se reunieron en la cooperativa de vivienda de Cal Cases. La red, por unos años, intentó articular los grupos locales según la localización geográfica y sus intereses temáticos (educación, alimentación, comunicación, economía contrahegemónica, defensa del territorio, etc.). A pesar de tener a disposición una sofisticada herramienta web y del esfuerzo humano, después de unos años la red se disolvió evolucionando en otras formas.

Las ideas y las prácticas decrecentistas siguieron difundiendo gracias a los movimientos libertarios promotores de la autoorganización, vinculados con otros movimientos sociales y prácticas fundadas en el anticapitalismo. Entre otros, destacan los grupos implicados en conflictos ambientales (relacionados con el agua, las infraestructuras o el cambio climático), la agroecología, la economía solidaria, la educación, la salud y la concienciación.¹⁰

Queremos mencionar aquí un par de proyectos con los cuales tuvimos más relaciones, aunque ha habido y hay muchos más. Primero, recordamos la experiencia de repoblamiento rural denominada Can Piella¹¹ («hija» de Kan Pasqual¹² y Can Masdú¹³), donde se ocupó y transformó una masía abandonada (y a la merced de la especulación inmobiliaria) en un centro de vida comunitaria, experimentación y producción primaria. Segundo, la cooperativa integral catalana (CIC),¹⁴ con su intención de integrar producción, intercambio y consumo así como satisfacer de forma innovadora necesidades básicas. Forman parte de la CIC, la colonia eco-industrial poscapitalista de Calafou¹⁵ y Aurea Social,¹⁶ un centro de salud, educación y autogestión a los pies de la Sagrada Familia, donde uno de nosotros ha sido huésped con su grupo de crianza compartida. La CIC recientemente ha evolucionado en FairCoop,¹⁷ una cooperativa abierta de ámbito mundial que se autoorganiza a través de Internet, y con la que las comunidades serían capaces de comerciar a través de la moneda Faircoin, promoviendo la redistribución de la riqueza y la toma de decisiones de forma colectiva.

Aparte de los variados colectivos, también ha habido varios intelectuales y activistas que —desde diferentes tradiciones y perspectivas— han contribuido al debate y la difusión. Como ejemplo mencionamos a Stefano Puddu y a Oriol Lleira en relación a las cuestiones del imaginario y la pedagogía de las catástrofes; Rubén Suriñach Padilla, Álvaro Porro, Arnau Montserrat y Marc Gavalda con consumo responsable, energía y ciudades en transición; Arcadi Oliveras, David Llistar

y Giorgio Mosangini respecto a los vínculos entre decrecimiento y las relaciones Norte-Sur.

La consolidación del decrecimiento en Cataluña la demuestran su llegada, más allá del activismo de base que sigue prevalente, a la academia, los medios de comunicación, los sindicatos y los partidos políticos.

En la academia existe nuestro grupo del ICTA UAB (que ha sufrido la migración forzada de varios de sus miembros por la crisis), pero también otros —aparte de los anteriormente mencionados— como Joaquim Sempere, Enric Tello y Jordi Pigem. El colectivo del cual formamos parte, Recerca i Decreixement, nació a raíz de la Segunda Conferencia Internacional sobre Decrecimiento que contribuimos a organizar en Barcelona en 2010. Hermana de Recherche & Decroissance, colectivo de investigadores francés fundado en 2006 por Francois Schneider (que vino a vivir a Barcelona en 2009), Fabrice Flipo y Denis Bayon.¹⁸ En este evento de 2010, que coincidía con el inicio de la crisis «financiera», el decrecimiento tuvo bastante resonancia mediática. Aquí cabe destacar el importante rol que ha tenido el periodista y especialista en temas ambientales (y, por cierto, amigo) Antonio Cerrillo, de *La Vanguardia*, que ha publicado regularmente noticias sobre el decrecimiento de modo riguroso y efectivo.

Para demostrar que el decrecimiento ya forma parte del debate político catalán (y también cada vez más, en España), es importante mencionar su presencia en el 15M catalán. A parte la subcomisión Decreixement,¹⁹ destacamos que el punto del Manifiesto (que al final nunca vería la luz en su totalidad) «El sistema económico basado en el crecimiento ilimitado es insostenible» fue votado por la unanimidad por miles de personas en la Plaça Catalunya. También cabe destacar los diferentes debates que han tenido sobre el tema sindicatos como CGT y partidos políticos como ICV y la CUP. La fundación Nous Horitzons de ICV dedicó un número especial de su revista titulado «*Decreixement Econòmic: nous arguments sobre els límits del creixement*».²⁰ En su interior, este debate ha sido promovido con fuerza por el grupo de trabajo Iniciatives pel Decreixement, grupo mixto formado por miembros de ICV y personas no ligadas al partido pero interesadas en el debate y la profundización del tema que aquí nos ocupa.²¹ Recientemente se ha creado la Plataforma Ecosocialista Segle XXI, constituïda únicamente por miembros de la ICV, con el objetivo de influir en la ideología y en los programas electorales de ICV.²² La CUP no ha tomado una posición oficial respecto al decrecimiento, pero es cierto que diferentes grupos locales han tenido un rol activo en su promoción, por ejemplo en relación a las ciudades en transición, como los de Sant Cugat,²³ Girona,²⁴ Mataró²⁵ y Santa Maria de Palautordera, entre otros.

Más recientemente, a parte del Manifiesto Última Llamada de ámbito español con autores como Jorge Riechman,²⁶ hay que destacar las sorprendentes declaraciones del conseller de Territori i Sostenibilitat Santi Vila (CiU), que el 17 de diciembre de 2014 hizo en el parlamento catalán. En el contexto del debate sobre la «Agenda de trabajo sobre la mitigación y adaptación del cambio climático», el conseller propuso explícitamente el debate sobre decrecimiento citando nuestro libro:²⁷

[...] Ante estas evidencias [del cambio climático] yo creo que hay una constatación más general —si me permiten, de tipo más ideológico— que diferentes investigadores de la Universidad Autónoma de Barcelona y profesores de universidades británicas nos han puesto sobre la mesa. Tenemos un material recientemente editado, y que encuentro una buena tradición, que quizás se sorprenderán de que yo la cite, la tradición del decrecimiento. Sabemos y compartimos que la Tierra no resiste el incremento de consumo de más de 7.200 millones de personas, un incremento que además no se parará si hemos de ser conscientes de las expectativas demográficas. Al mismo tiempo, sabemos que no podemos pedir disminuir el consumo a quien no tiene nada y que, por lo tanto, somos los países más avanzados los que tenemos que hacer los esfuerzos necesarios para revisar qué entendemos por progreso y —en definitiva— para combatir con toda la nuestra claridad y contundencia las desigualdades. Fíjense que hablar de modelo de progreso, hablar de reducir desigualdades, tiene que ver con una nueva espiritualidad y también tiene que ver con las políticas de cambio climático.

Hace tan solo unos años una intervención de este tipo hubiera sido improbable, y lo que quiera significar exactamente solo los podremos saber de aquí a unos años.

Si para Cataluña hemos podido intentar un breve recorrido en la historia y geografía del decrecimiento, más difícil lo tenemos por el resto de la península ibérica. Nos limitamos a mencionar la presencia de más de 20 colectivos locales en todo el territorio.²⁸ Desde 2011 ha habido regulares encuentros de las redes decrecentistas y de transición con el objetivo de compartir las experiencias de las distintas personas y colectivos decrecentistas del Estado español: Zarzalejo (2011), Victoria-Gasteiz (2012), Sevilla (2013) y Granada (2015).²⁹ Los organizadores de estos encuentros fueron, respectivamente: Decrece Madrid, Desazkundera, Red de Decrecimiento de Sevilla y Red de Decrecimiento de Granada.

Entre las personalidades que más han destacado en la elaboración teórica y la difusión, mencionamos a Carlos Taibo, Yayo Herrero, Amaia Orozco, Jorge Riechmann, Antonio Turiel, Florent Marcellesi, Luis González Reyes... aunque hay muchas más. También podríamos mencionar críticos informados, como José Manuel Naredo, Albert Recio, Miguel Amorós, Félix Rodrigo Mora o Juan Torres López, y otros como Miren Etxezarreta y Vincenç Navarro.³⁰ El decrecimiento es variado, y siempre sería más riguroso especificar a qué autores o proyectos del decrecimiento uno se refiere en sus críticas. De todas formas, no cabe duda de que las críticas nos permiten avanzar.

Consideramos que este libro puede contribuir, en su conjunto, a clarificar los términos del debate en España y América, donde existen grupos ya desde hace años que propugnan el decrecimiento (o descrecimiento, que es lo mismo). Verán, por ejemplo, que nuestra versión del proyecto de decrecimiento es menos catastrofista y más política que algunas de las de la primera hora. Propone un estilo de vida sobrio para las personas, aunque ni ascética ni fundamentalista de la autolimitación, y anima a la participación del gasto del surplus colectivamente producido (déspense).

En fin, el documental reciente titulado *Decrecimiento, del mito de la abundancia a la simplicidad voluntaria* ofrece una exploración del concepto a través de entrevistas, aunque parecen haber olvidado a las protagonistas mujeres.³¹

Desde 2010 el grupo de lectura de Recerca i Decreixement ha seguido activo. Con dicho grupo hemos tenido varias colaboraciones, como recientemente con el Colectivo de Economía Feminista de Barcelona, que nos ayudan a seguir aprendiendo. Hemos participado como coordinadores de los congresos de Venecia, Montreal y de Leipzig en 2012 y 2014, y desde Barcelona hemos difundido la palabra y el concepto de *Degrowth* internacionalmente, con este propio libro y muchos artículos y números especiales de revistas que se citan en este libro.

Lo que pasará en el futuro está abierto. Sin embargo, los resultados de una reciente encuesta de opinión pública en España sobre el crecimiento económico y el medio ambiente, realizada por los investigadores de nuestro instituto ICTA UAB, Stefan Drews y Jeroen van den Bergh, dan buenas esperanzas. El 16% dice estar de acuerdo con que las políticas públicas «acaben de perseguir el crecimiento económico. La producción y el consumo individual debería reducirse de una forma equitativa para conseguir la sustentabilidad ecológica». El 20% se declara agnóstico respecto al crecimiento, el 60% cree en la posibilidad de hacer compatible

crecimiento económico y la sustentabilidad, mientras que menos de un 5% está de acuerdo en perseguir el crecimiento económico a pesar de los impactos ambientales.

Considerando estos resultados, la cuestión quizás no sea solo si presentarse a unas elecciones planteando el decrecimiento, sino más bien qué hacemos si la economía sigue sin crecer. Hasta el FMI³² —junto con un creciente número de economistas ortodoxos, como Lawrence Summers³³ y Paul Krugman— está argumentando que las economías industriales y maduras —como España— puede que hayan entrado en una fase de «Estancamiento secular»³⁴ (o sistemático), y que esto sea la «Nueva normalidad». Si este fuera el caso, ¿qué hacemos? Quizás haya que hacerle caso a las Indignadas y, simplemente, perder el miedo.

Para ofrecer unas primeras respuestas a esta pregunta hemos enriquecido la edición española con una nueva sección denominada «Sí, podemos decrecer». En ella reproducimos diez propuestas de nuestro Colectivo R&D en relación a las políticas económica. Hemos invitado a Alberto Acosta (FLACSO-Ecuador), Juan Carlos Monedero (Podemos) y a Florent Marcellesi (EQUO) a comentarlas. Tenemos claro que la política es mucho más que la política parlamentaria, como demuestra «la historia que hemos contado». De hecho, creemos que es necesario —al mismo tiempo— fomentar el activismo, verdadero protagonista de la historia del decrecimiento hasta hoy, así como impulsar este tipo de debates sobre qué proyecto de decrecimiento queremos también en la política parlamentaria. Queremos contribuir a generar un debate social y a movilizar múltiples actores para conseguir una sociedad más justa, solidaria y respetuosa con el medio ambiente.

A la realización de este libro han contribuido casi cien personas: ¡Gracias! En esta edición española, queremos agradecer a todas las activistas que con sus acciones nos llenan de esperanza por un presente y un futuro mejor. También le debemos mucho a Anna Monjo y a todo el equipo de Icaria Editorial, así como al traductor Angello Ponziano por su excelente trabajo. Entre todas las personas que nos ayudaron a revisar la traducción, queremos expresar un especial agradecimiento a Neus, Annika, Santiago, Iago, Marta, Mariana y Gustavo.

Barcelona, abril de 2015

Notas

1. Para más información sobre el movimiento, véase: <http://www.decrecimiento.info/> y <http://teoriadeldecrecimiento.jimdo.com/>.
2. *La décroissance, une idée pour demain*. Timothée Duverger, Sang de la terre, 2011, 235 pages. <http://ecorev.org/spip.php?article879>.
3. Agradecemos las aportaciones de Stefano Puddu, ítalo-catalán, que ha sido uno de los pioneros del Decrecimiento en Cataluña.
4. «*Consumim? O ens consumim*». Revista de pensamiento ecologista *Userda*, N. 15. Octubre de 2005. <https://dl.dropboxusercontent.com/u/18720032/userda/NUMEROSANTERIOS/200510.htm>.
5. M. Bernard, V. Cheynet y B. Clémentin (eds.), *Objectif décroissance*, Ed. Parangon/Vs, Lyon, 2003.
6. Colectivo Revista *Silence* (2006) Objetivo Decrecimiento. Leqtor. <http://www.leqtoruniversal.com/tienda/libros/objetivo-decrecimiento/>.
7. Conclusiones del Simposio y Manifiesto por el «Decrecimiento». http://www.verds-alternativaverda.org/sec.asp?id_link=163&id_up=110.
8. Joan Martínez-Alier (2008), «Hacia un decrecimiento sostenible en las economías ricas». *Revista de Economía Crítica*, n. 8. http://www.revistaeconomiacritica.org/sites/default/files/revistas/n8/7_decrecimiento.pdf.
9. Enric Duran (2015), Hoy hace 2 años del no al juicio, 2 años del sí a la libertad. <https://enricduran.cat/es/hoy-hace-2-anos-del-no-al-juicio-2-anos-del-si-a-la-libertad/>
10. Para una visió general rápida, véase el documental *Homenatge a Catalunya II (también disponible en inglés)*. www.homenatgeacatalunyaii.org.
11. Can Piella <http://www.canpiella.cat/>.
12. Kan Pasqual <https://kanpasqual.wordpress.com/>.
13. Can Masdéu <http://www.canmasdeu.net/>.
14. Cooperativa Integral Catalana: <http://cooperativa.ecoxarxes.cat/>.
15. Calafou <https://calafou.org/>.
16. Aurea Social <http://www.aureasocial.org/es/>.
17. Fair Coop <https://fair.coop/>.
18. D. Bayon, F. Flipo y F. Schneider (2012) Decrecimiento. 10 preguntas para comprenderlo y debatirlo. El Viejo topo. http://www.elviejotopo.com/web/libros_detalle.php?idLibro=288.
19. «Decreixement acampada bcn» <https://decreixementacampadabcn.wordpress.com/>.
20. Varios autores (2012) Decreixement Econòmic: nous arguments sobre els límits del creixement. Revista *Nous Horitzons*, N. 202. <http://noushoritzons.cat/publicacions/1060>.
21. Iniciatives per al decreixement. <http://icvdecreixement.blogspot.com.es/>.
22. Ecosocialista Segle XXI. <http://icvcorrentecosocialista.blogspot.com.es/>.
23. Sant Cugat s'adhereix al moviment de «ciutats en transició» pel decreixement a petició de la CUP Sant Cugat. <http://santcugat.cup.cat/noticia/sant-cugat-sadhereix-al-moviment-de-ciutats-en-transici%C3%B3-pel-decreixement-petic%C3%B3-de-la-cup>.

24. La CUP proposa que Girona s'adhereixi al moviment de les «transition towns» <http://icvdecreixement.blogspot.com.es/2013/01/la-cup-proposa-que-girona-sadhereixi-al.html>.

Conferencia Decreixement <http://girona.cup.cat/sites/girona.cup.cat/files/cartell%20xerrada%20ambiental.jpg> .

25. Manifesto «Mataró pel Decreixement. Alternatives a la crisi capitalista». <https://www.libertat.cat/2010/03/la-cup-dona-a-coneixer-el-manifest-mataro-pel-decreixement.-alternatives-a-la-crisi-capitalista-9442>.

26. Manifesto Última Llamada: <https://ultimallamadamanifiesto.wordpress.com/>.

27. Video completo (traducimos al castellano, minuto 3.34-4.31): http://www.parlament.cat/web/actualitat/canal-parlament/compartir-diferit?p_cp1=7273435&p_cp2=7274328 .

28. El blog de referencia en España sobre el decrecimiento ofrece en la portada un listado de unos 20 grupos: <http://www.decrecimiento.info/>.

29. IV Encuentro de Redes e Iniciativas Decrecionistas y Transicioneras de Granada 2015. <http://ivencuentrodecrece.wix.com>.

30. Para una recopilación de críticas al decrecimiento, véase:

<http://www.decrecimiento.info/2009/04/diferentes-criticas-al-decrecimiento.html>.

31. Documental «Decrecimiento, del Mito de la Abundancia a la Simplicidad Voluntaria». <http://documentaldecrecimiento.com/>.

32. IMF (2015) Lower Potential Growth: A New Reality. World Economic Outlook. <http://www.imf.org/external/pubs/ft/survey/so/2015/new040715a.htm>.

33. Lawrence Summers (2013) «Why stagnation might prove to be the new normal». *Financial Times*. <http://www.ft.com/cms/s/2/87cb15ea-5d1a-11e3-a558-00144feabdc0.html>.

34. *Secular Stagnation. Facts, Causes and Cures*. Edited by Coen Teulings and Ricard Balowin. voxeu.org.

PRÓLOGO: PALABRAS VIVAS ANTE UN SISTEMA BIOCIDA

Amaia Pérez Orozco*

El decrecimiento de la esfera material no es una opción, es un hecho.¹ Esta afirmación dota de una tangibilidad inescapable a la crisis multifacética de la que se habla en estas páginas y en la que podríamos englobar una severísima crisis ecológica global, crisis socioeconómicas (de los procesos de reproducción social), crisis políticas (de representación) y crisis éticas (de sentido) de diversa gravedad y tono en distintos contextos del Norte y el Sur globales. Más allá del sumatorio de dimensiones, se trata de una crisis civilizatoria en la que se tambalea el crecimiento «económico» en tanto que noción fundacional de esa Cosa escandalosa en expansión.² No es el fin de la historia, sino el comienzo de una historia distinta y, ojalá, mejor.

¿Qué implica decir esto? Implica afirmar que estamos viviendo ya la transición. Dado que el desarrollo y el crecimiento han fracasado, el reto es fracasar mejor:³ evitar la salida ecofascista a la crisis; evitar la proliferación y el agravamiento de los malos-vivires desiguales y, peor aún, naturalizarlos y legitimarlos. Esta pedagogía del desastre nos sorprende: el órdago es celebrar el fracaso. La marcha atrás a la sociedad del crecimiento no es posible... ni deseable. Desde la convicción de que el sistema que está cambiando es biocida, confiamos en la capacidad colectiva de lograr no solo un menor metabolismo material, sino un metabolismo social diferente que ponga las condiciones de posibilidad de vidas que merezcan la alegría ser vividas por y para todxs.⁴

* Doctora en economía por la Universidad Complutense de Madrid.

La pregunta, entonces, no es si queremos que el mundo cambie, sino hacia dónde y cómo transitar. Este debate está abierto; necesitamos repolitizarlo, logrando que se dé en términos radicalmente democráticos entre comunidades expertas y no entre comunidades de expertos. Y debemos conseguir que de él emane un proyecto colectivo, cuya carencia es síntoma patológico del propio sistema en crisis. Necesitamos una utopía compartida, no como un futuro prediseñado, sino como una aspiración abierta y móvil que pueda guiar los pasos hoy. ¿Podríamos llamar buen vivir a esta utopía? El decrecimiento así expresaría una forma concreta de orientar la transición inevitable en el Norte global de cara a lograr el buen vivir: ir poniendo la sostenibilidad de la vida en el centro a la par que discutimos colectivamente cuál es esa vida que merece ser sostenida.⁵

Para lograr lo anterior son imprescindibles narrativas contrahegemónicas que ayuden a romper con el actual vaciamiento de la política causado por el consenso sobre el desarrollo. Estas narrativas tienen una responsabilidad histórica en definir líneas rojas para el debate. Primera línea roja: superar la idea del contrato social. No estamos hablando del sumatorio de individuos que deciden agruparse... ¡como si pudieran hacer otra cosa! Es una discusión sobre la vida en común, la vida que solo es comprensible como conjunto vivo. Segunda línea roja: las vidas tienen límites. El desarrollo como aspiración a una progresiva emancipación de la naturaleza, de lxs otrxs y de nuestro propio cuerpo es una quimera dañina. La vida es vulnerable: posible, pero no cierta. Solo es si se cuida y habita un entorno vivo. Se acabaron los delirios de autosuficiencia: la interdependencia y ecodependencia son condiciones inescapables de la existencia.⁶ Tercera línea roja: aquello que convirtamos en nuestro sentido colectivo, aquello a lo que llamemos buen vivir, vida que merece ser vivida, ha de respetar dos criterios éticos: la universalidad (o es para accesible todxs, o no es buen vivir) y la singularidad (o respeta la diversidad de las vidas, abriendo espacio a la diferencia, sin homogeneizarla ni penalizarla como desigualdad, o no es buen vivir).

Estas líneas rojas establecen qué territorios se vuelven ética y políticamente inaceptables. Y definen también el sentido en el que transitar: vía contraria al proyecto del crecimiento, porque este violenta todas ellas. Descuartiza lo vivo: escinde vida humana y no humana, y convierte el planeta en recurso para un alegado proyecto civilizatorio. Una vez que nos hemos quedado, ay, supuestos seres superiores, en tanta soledad, nuestras vidas humanas son aisladas entre sí y medidas contra un referente único: el sujeto mayoritario frente al cual se definen las «minorías», demostrando que la matemática es puro juego de poder. Ese al que hemos

llamado BBVA (blanco, burgués, varón, adulto... y además heterosexual, funcionalmente normativo y etc.). Aquel que define la vida plenamente digna de ser sostenida por el conjunto social y rescatada en tiempos de crisis a costa de los malos vivires desigualmente repartidos del resto. Y, por último, ya solitarias y aisladas nuestras vidas, las trocea: hay dimensiones del hecho de vivir que se convierten en relevantes para el crecimiento y otras que sobran. La mercantilización impone que nuestra dignidad vital nos la otorgue el ser reconocibles para la lógica del crecimiento. Por todo ello, decimos que hay un conflicto estructural e irresoluble entre el crecimiento y la sostenibilidad de la vida. Para responder a esa «vida» a la que aspiramos, nos devoramos. Economía caníbal, hay quien le dice.

En ese contexto, este vocabulario es un potente aporte. Nos regala un conjunto móvil de palabras clave con las que ir construyendo esos otros mundos posibles en los que confiamos toda vez que el miedo ha cambiado de bando: ya no el miedo al estancamiento sino al delirio del crecimiento. La figura de «los expertos» que piensan el mundo desde un despacho, sin que esto les genere un ansia irrefrenable de levantarse del sillón e intentar cambiar algo, lo que sea, es un síntoma de enfermedad en el sistema de conocimiento. Bien al contrario, este vocabulario transmite un lenguaje que surge de la práctica y la alimenta; reconoce el conocimiento como un proceso social y lo compromete. Aunque se sitúa primordialmente en la academia, logra moverse dentro-fuera de las instituciones legitimadas como depositarias del saber y hacedoras de la política. Y lo hace planteando una diversidad de enfoques, un lenguaje plural alejado de las verdades únicas. Las epistemologías de las que reconoce emanar son multiformes, los términos que conforman su eje conceptual tienen resonancias múltiples y las vías de acción recogidas desbordan lo que podría etiquetarse como decrecimiento desde una visión estricta, además de conectar movimientos «civiles» e «inciviles». En suma, no se trata de grabar en piedra algo así como La Teoría del Decrecimiento, sino de abrir un diálogo horizontal; algo que se necesita como el agua en tiempos de monoteísmo científico, político y socioeconómico.

Quizá resulte sorprendentemente escueta la parte de alianzas. O quizá sea así porque las alianzas ya impregnan el conjunto. Se mencionan cuatro; tiremos aquí del hilo de dos: los feminismos (más allá de la economía feminista, que si bien es una arista clave, no puede suplantar a las críticas feministas al delirio del crecimiento) y las miradas decoloniales, particularmente aquellas que parten de América Latina y el Caribe (espacio de referencia para esta edición en español). Fortalecer estas alianzas puede abrir espacio para introducir temas fundamentales hoy fuera de estas

páginas, entre ellos, la migración y la propia noción de derecho(s). Y puede reforzar el análisis de las relaciones de poder, hilando más fino en la intersección de ejes de desigualdad y poniendo mayor énfasis no solo en denunciar la subalternidad, sino en comprender la (re)construcción del privilegio.

Mentar la alianza con los ecofeminismos y los feminismos anticapitalistas significa que aspiramos a que en un vocabulario futuro sobre el decrecimiento (o como quiera que vayamos renombrando a esta transición hacia una utopía colectiva) no quepan cosas como hablar de reparto del trabajo y referirse solo a empleo, o afirmar que el trabajo no remunerado es autónomo como si severísimos códigos heteropatriarcales, entre otros, no lo normaran. Señalemos telegráficamente algunas aportaciones potenciales de los feminismos. Explicitan una crítica en ocasiones latente (por ejemplo, al afirmar que el crecimiento económico es antieconómico), a menudo y lamentablemente ausente: economía no son mercados, sino los procesos de sostenibilidad de la vida. Aportan reflexiones sobre aspectos constitutivos de la sociedad del crecimiento aquí intocados, como la escisión entre los ámbitos público y privado-doméstico. Abren nuevas vías de reflexión, como la conexión entre el mito del crecimiento y la construcción de la masculinidad hegemónica. Ofrecen una elaboración en torno al cuidado aún más amplia de lo recogido en este vocabulario: complejizan y desmitifican su comprensión, alejándolos del ideal pernicioso del amor, rompiendo su asociación con las mujeres y visualizando la cantidad de trabajo penoso que encierran; y reconocen la vida como una experiencia de vulnerabilidad e interdependencia resuelta a día de hoy en términos de explotación y desigualdad, tal como evidencian las cadenas globales del cuidado. La conceptualización del conflicto capital-vida permite renombrar el conflicto capital-trabajo y ligarlo al conflicto crecimiento-límites biofísicos. Desde ahí, se desvela el papel sistémico del cuidado como la contracara del trabajo asalariado. Cuidados son los trabajos residuales del capitalismo heteropatriarcal que cierran el ciclo económico e intentan responder a los ataques de la lógica de acumulación; y lo hacen bajo tres condiciones: privatizados, feminizados e invisibilizados.

En un terreno político, los feminismos nos abren preguntas; por ejemplo, cuán simples son esas formas de vida «simples» si vemos sus implicaciones en términos de división sexual del trabajo. Nos sugieren sentidos de incidencia. Entre ellos, la «democratización de los hogares» (repolitizarlos en tanto que unidad socioeconómica básica y escenario de relaciones de poder heteropatriarcales; avanzar hacia relaciones de horizontalidad intra-hogar; y fomentar las familias libres y diversas) y la

«socialización del cuidado» (sacar de los hogares las tareas de atención a situaciones de dependencia; involucrarnos en relaciones de cuidado mutuo; establecer mecanismos colectivos de gestión cotidiana de la vida). Y, en última instancia, replantean el decrecimiento como un movimiento hacia la construcción de una responsabilidad colectiva sobre el buen vivir; esto es, una responsabilidad desfeminizada y desprivatizada.

La segunda alianza reconoce la urgencia por descolonizar el imaginario... y las prácticas. Este vocabulario aborda el significado del decrecimiento en términos de redistribución global de los recursos. Afirma que el decrecimiento es indispensable para abrir espacio conceptual (y material, añadiríamos) a otros imaginarios. Sin embargo, ¿la incidencia no ha de ser más bien al contrario? Nuevos imaginarios y prácticas desde el Sur Global, particularmente el buen vivir (sumak kawsay, suma q'amaña, lekil kuxlejal...), han de ayudarnos a ver lo imprescindible del decrecimiento y a imaginar otros futuros posibles distintos al desarrollo. Las miradas decoloniales son especialmente potentes de cara a desmontar las perniciosas nociones de trabajo y riqueza que forman parte del vocabulario del crecimiento (y corren el riesgo de colársenos). Nos ayudan a superar la paralizante escisión entre lo individual y lo colectivo (que se nos atasca, por ejemplo, al discutir sobre los límites) y pueden dotar de cuerpo comunitario a la autonomía, disociándola de una vez por todas de la autosuficiencia. El feminismo indígena nos ofrece un espacio en el que encarnar nuestra utopía: el territorio cuerpo-tierra. En definitiva, urgente es la labor de descentrar a Europa y, en lo tocante a esta edición, lanzarla en español descentrando a España y mirando desde Abya Yala.

Acabemos este prólogo llamando a una doble estrategia. De un lado, resistirse a la expansión de esa Cosa escandalosa, que, por penetrante que sea, aún no lo ha colonizado todo: ni todos nuestros imaginarios, ni todas las vidas y ni todos los territorios. Hay que resistir a la expansión de las fronteras de las mercancías como proceso material y simbólico. Y, de otro, implementar medidas de transición, entendiéndolas como medidas que responden a las urgencias a la par que sientan las bases de un cambio sistémico. En un intento final de alimentar la lucha colectiva, proponemos varias preguntas que pueden ayudarnos a distinguir las medidas de transición de los parches: ¿Promueven una revolución silenciosa que transforme los imaginarios, las subjetividades y las relaciones de cotidianidad? ¿Cuestionan los privilegios e implican un proceso de asunción de nuestras responsabilidades asimétricas? ¿Construyen puentes entre la política y lo político, la macropolítica y la micropolítica? ¿Rompen la paz

social y abordan los conflictos, particularmente el conflicto crecimiento-vida y sus dimensiones antropocéntrica, colonialista y heteropatriarcal? ¿Son multiescalares, abordando las problemáticas locales junto a los retos de mayor envergadura? ¿Abren la pregunta sobre para qué trabajamos, en qué condiciones y qué construimos con ese trabajo?

Decrecimiento es una forma de nombrar esa última llamada a hacernos cargo del mundo futuro al que aspiramos. Es una apuesta por tener un futuro. Es un camino en pos de una utopía que se reconstruye mientras caminamos. Es un tránsito cimentado en la construcción de una responsabilidad colectiva en hacer posible una vida que merezca la alegría ser vivida para todas, todos, todes. ¡En ello andamos!

Mayo de 2015

Notas

1. Este prólogo retoma ideas lanzadas aquí y allá, se inspira en personas y colectivos varios. Con especial fuerza en los planteamientos de Yayo Herrero, Lorena Cabnal, el grupo de feminismos de Desazkundea y las Mesoamericanas en resistencia por una vida digna. Echa igualmente mano de numerosas ideas contenidas a lo largo de las páginas de este vocabulario. Lo hace ahorrándose los entrecomillados, no como un ejercicio de apropiación intelectual, sino entendiendo que esa es la apuesta del pensamiento crítico en movimiento, en general, y de este vocabulario, en particular: no encasillarse en planteamientos literales, sino dejarse contagiar.

2. Tomamos esta expresión de Donna Haraway (*Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Valencia, Universitat de Valencia, 1991/1995) intentando hallar un nombre que cubra un sistema que, amén de capitalista, es heteropatriarcal, colonialista, racista... y añádanse los calificativos que se considere pertinentes, que eso está también abierto a debate.

3. Esto es lo que nos propone Jorge Riechmann en *Fracasar mejor. Fragmentos, interrogantes, notas, protopoemas y reflexiones* (Olifante. Ediciones de poesía, 2013). La noción de transición ha sido muy usada en el Estado español. Por ejemplo: Encuentros de Redes e Iniciativas Decrecentistas y Transicioneras 2013 y 2015 (antes llamados Encuentro Decrecentista, 2011 y Encuentro Decrecimiento y Ciudades en Transición, 2012); la Red de Transición España; la wiki Movimiento de Iniciativas en Transición y el Grupo de Investigación Transdisciplinar sobre *Transiciones Socioecológicas*, con sede en la UAM.

4. Evitar el sexismo en el lenguaje es difícil, más aún lo es escapar del binarismo heteronormativo. El uso de la «x» es una forma de «desobediencia lingüística» para casos en que los genéricos no son posibles o bien cuando se quiere enfatizar el carácter

plural (actual o deseado) en términos de identidad sexual y de género del conjunto social al que nos referimos.

5. El nexo entre las nociones de decrecimiento y buen vivir es expreso en los Encuentros de Decrecimiento y Buen Vivir 2011, 2012, 2013 y 2014, Bilbo.

6. Una vivaz explicación de estas dos condiciones puede verse en el vídeo «Decrecimiento en un minuto» (de EkologistakMartxan, Desazkundera, Paz con Dignidad, Bizilur, Coordinadora de ONGD de Euskadi, ESK, Ingenierías sin Fronteras País Vasco, REAS Euskadi y Mugarik Gabe https://youtu.be/Ypgrq_4Aj84).

DECRECIMIENTO

Giorgos Kallis, Federico Demaria y Giacomo D'Alisa

Las peripecias del decrecimiento

El término «décroissance» (decrecimiento, en francés) fue utilizado por primera vez por el intelectual francés André Gorz en 1972. Gorz planteó un interrogante que continúa siendo esencial en el actual debate sobre el decrecimiento: «¿El equilibrio del planeta, para el cual el no crecimiento —y hasta el decrecimiento— de la producción material es una condición necesaria, es compatible con la supervivencia del sistema capitalista?» (Gorz, 1972: IV). Otros autores francófonos comenzaron a utilizar el término después de la publicación del informe «Los límites del crecimiento» (Meadows et al., 1972). Por ejemplo, el filósofo André Amar (1973) escribió sobre «La croissance et le problème moral» (El crecimiento y el problema moral) en la publicación *Les objecteurs de croissance* (Los objetores del crecimiento) de los *Cahiers NEF*.

Pocos años después, André Gorz reivindicó explícitamente el decrecimiento en su libro *Ecología y libertad*:

Solo un economista, Nicholas Georgescu-Roegen, ha tenido la cordura de constatar que, aun estando estabilizado, el consumo de recursos limitados acabará inevitablemente por agotarlos completamente, y que por consiguiente la cuestión no estriba ya en consumir cada vez más, sino en consumir cada vez menos: no existe otro medio de conseguir que los stocks naturales alcancen para las generaciones futuras. Esto es realismo ecológico. [...] Todos aquellos que, situándose a la izquierda, se niegan a abordar desde este punto de vista el problema de una equidad sin crecimiento demuestran que para ellos el socialismo no es más que la continuación, por otros medios, de las relaciones so-

ciales y de la civilización capitalistas, del modo de vida y del modelo de consumo burgueses [...] Hoy día la utopía no consiste en preconizar el bienestar por el decrecimiento y la subversión del actual modo de vida; la utopía consiste en creer que el crecimiento de la producción social aún puede aportar el superbienestar, y que dicho crecimiento es materialmente posible. (Gorz, 1979 [1977]: 14)

Gorz fue un precursor de la **ecología política**. Para él, la ecología era parte esencial de una transformación política radical. Nicholas Georgescu-Roegen, que inspiró a Gorz, fue el pionero intelectual de la **bioeconomía**. En 1971 publicó su obra magna *La ley de la entropía y el proceso económico*. En 1979, Jacques Grinevald e Ivo Rens, profesores en la universidad de Ginebra, compilaron una selección de artículos de Georgescu-Roegen con el título de *Demain la décroissance* (Mañana, el decrecimiento) sin tener conocimiento de que Gorz ya había utilizado el término. Grinevald escogió el título del libro con el consentimiento del autor, traduciendo como decrecimiento la palabra inglesa «*descent*» del artículo de Georgescu-Roegen sobre un «Mínimo programa bioeconómico» (1974).

En las décadas de 1980 y 1990, con el fin de la crisis del petróleo y el surgimiento del neoliberalismo, el interés sobre los límites del crecimiento y el decrecimiento declinó, a pesar de que en 1993 el activista lionés Michel Bernard, especializado en ecologismo y no violencia, contactó con Grinevald y lo invitó a escribir un artículo para su revista *Silence* sobre «Georgescu-Roegen: Bioeconomía y biosfera», que se centraba explícitamente en el decrecimiento. No obstante, fue recién en julio de 2001 que Bruno Clémentin y Vincent Cheynet, también residentes en Lyon, ex publicistas y fundadores con Bernard de la revista *Casseurs de pub* (el equivalente francés de la canadiense *Adbusters*), lanzaron el término «decrecimiento sostenible». Clémentin y Cheynet registraron la expresión como una propiedad intelectual, para señalar la fecha de su invención y —con humor— prevenir su mal uso o convencionalización. El debate público sobre el decrecimiento despegó en Francia en 2002 con una edición especial de *Silence* sobre el tema, coordinada por los dos periodistas mencionados y como homenaje a Georgescu-Roegen. La edición vendió 5.000 copias y fue reeditada en dos ocasiones. Fue probablemente este el punto de partida del actual movimiento por el decrecimiento.

En la primera fase del debate sobre el decrecimiento, en la década de 1970, el énfasis recaía en los límites de los recursos. En la segunda fase, a partir de 2001, la fuerza impulsora era la crítica de la idea hegemónica del «desarrollo sostenible». Para el antropólogo económico Serge

Latouche, el desarrollo sostenible era un oxímoron, según argumentaba en «A bas le développement durable! Vive la décroissance conviviale!». En 2002 se realizó en París la conferencia «Défaire le développement, refaire le monde» convocada por la UNESCO y que contó con 800 participantes. La conferencia posibilitó una alianza entre los activistas del ecologismo establecidos en Lyon, como Bernard, Clémentin y Cheynet, y la comunidad de académicos por el post-desarrollo a la que pertenecía Latouche (ver **desarrollo**). En 2002 se creó en Lyon el Instituto para los estudios económicos y sociales sobre el decrecimiento sostenible. Un año después, el Instituto organizó en esa ciudad el primer coloquio internacional sobre decrecimiento sostenible. El evento reunió a más de 300 participantes de Francia, Suiza e Italia. Entre los oradores estaban quienes posteriormente se convertirían en los autores más prolíficos sobre el decrecimiento, como Serge Latouche, Mauro Bonaiuti, Paul Ariès, Jacques Grinevald, François Schneider y Pierre Rabhi. Ese mismo año, Bernard, Clémentin y Cheynet publicaron el libro *Objetivo decrecimiento*, que vendió 8.000 copias y mereció tres reediciones, además de ser traducido al italiano, el castellano y el catalán.

El decrecimiento, como movimiento de activistas, se inició en Lyon a comienzos de la década de 2000 como consecuencia de las protestas a favor de ciudades libres de coches, comidas comunales en las calles, cooperativas de alimentos y campañas contra la publicidad. Desde Francia comenzó a difundirse, convirtiéndose en 2004 en uno de los eslóganes de los activistas italianos por la ecología y contra la globalización (como «decrecita») y, a partir de 2006, en Cataluña (como «decreixement») y en España. Desde 2004, el decrecimiento en Francia fue ganando una audiencia cada vez más amplia mediante conferencias, acciones directas e iniciativas como la revista *La Décroissance, le journal de la joie de vivre*, que actualmente vende 30.000 copias cada mes. Ese mismo año, el investigador y activista François Schneider emprendió un recorrido a lomos de un burro por toda Francia para difundir las propuestas del decrecimiento; esta acción mereció una amplia cobertura mediática. En 2007, Schneider fundó en Francia el colectivo académico Recherche & Décroissance (Investigación & Decrecimiento), junto a Fabrice Flipo y Denis Bayon, y promovió una serie de conferencias internacionales. La primera tuvo lugar en París en 2008 y la segunda en Barcelona en 2010. El término inglés «degrowth» fue utilizado «oficialmente» por primera vez en la conferencia de París, marcando el nacimiento de una comunidad internacional de investigadores. Cuando el grupo de Barcelona del Institut de Ciència i Tecnologia Ambientals (ICTA) se incorporó al

movimiento al albergar la segunda conferencia, la comunidad se amplió más allá de sus iniciales reductos en Francia e Italia. El ICTA aportó sus vínculos con la comunidad académica especializada en economía ecológica, así como con las redes latinoamericanas de **ecología política** y **justicia ambiental**. Como consecuencia del éxito de las conferencias de París y Barcelona, posteriormente ha habido conferencias en Montreal (2011), Venecia (2012) y Leipzig (2014), además de crearse grupos y desarrollarse actividades en Flandes, Suiza, Finlandia, Polonia, Grecia, Alemania, Portugal, Noruega, Dinamarca, República Checa, México, Brasil, Puerto Rico, Canadá, Bulgaria, Rumanía y otros lugares.

Desde 2008, el término en inglés ha entrado en las publicaciones académicas con más de un centenar de artículos publicados y al menos siete ediciones especiales en revistas especializadas (Kallis et al., 2010; Cattaneo et al., 2012; Saed, 2012; Kallis et al., 2012; Sekulova et al., 2013; Whitehead, 2013; Kosoy, 2013). El decrecimiento ya es enseñado en universidades de todo el mundo, entre ellas instituciones tan prestigiosas como SciencePo en París. Ha sido utilizado y mal interpretado por políticos franceses e italianos, y ha merecido cobertura en diversos y renombrados periódicos, como *Le Monde*, *Le Monde Diplomatique*, *La Vanguardia*, *El País*, *The Guardian*, *The New York Times*, *The Wall Street Journal* y el *Financial Times*.

Pero ¿cuál es exactamente el significado del decrecimiento?

El decrecimiento hoy

El decrecimiento es, primordialmente, una crítica a la economía del **crecimiento**. Reclama la descolonización del debate público hoy acaparado por lenguaje economicista y defiende la abolición del **crecimiento** económico como objetivo social. Además de esto, el decrecimiento representa también una dirección deseada, en la que las sociedades consumirán menos recursos y se organizarán y vivirán de modos distintos a los actuales. «Compartir», «**simplicidad**», «**convivencialidad**», «**cuidado**» y «procomún» (commons) son significados esenciales para definir el aspecto que tal sociedad tendría.

Habitualmente, el decrecimiento se asocia con la idea de que lo pequeño puede ser hermoso. Los economistas ecológicos definen el decrecimiento como una reducción equitativa de la producción y de consumo, que disminuye los flujos de energía y materias primas (Schneider et al., 2010). No obstante, aquí nuestro énfasis está puesto no solo en el *menos*,

sino en el *diferente*. El decrecimiento da a entender una sociedad con un menor **metabolismo**, pero más importante aun, una sociedad que tiene un metabolismo con una estructura diferente y que sirve a nuevas funciones. El decrecimiento no aspira a hacer menos de lo mismo. Su objetivo no es hacer más esbelto a un elefante, sino convertirlo en un caracol (Figura 1). En una sociedad de decrecimiento todo sería diferente: actividades diferentes, formas y usos diferentes de la energía, relaciones diferentes, roles de género diferentes, distribución diferente del tiempo destinado al trabajo remunerado y al que no lo es, diferentes relaciones con el mundo no humano.

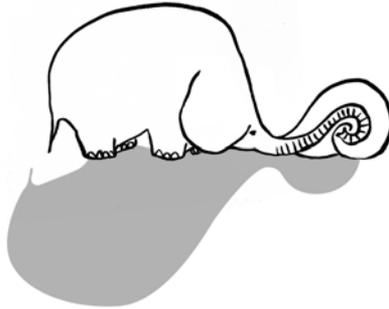


Figura 1

El decrecimiento aporta un marco básico que vincula diversas ideas, conceptos y propuestas (Demaria et al., 2013). Sin embargo, hay pocos centros de gravedad dentro de este marco (Figura 2). El primero es la crítica al **crecimiento**. Luego está la crítica al **capitalismo**, un sistema de organización que exige perpetuar el crecimiento. Otras dos corrientes de peso en la literatura sobre el decrecimiento son, primero, la crítica al PIB, y segundo, la crítica a la **mercantilización**, el proceso de convertir los productos sociales y los servicios y relaciones socioecológicas en mercancías con un valor monetario. No obstante, el decrecimiento no se limita a la crítica. En su aspecto constructivo, el imaginario decrecentista se centra en torno a la economía reproductiva de la **atención**, y en la recuperación de antiguos —y en la creación de nuevos— *comunes* (**procomún**). Cuidar en común estaría representado por nuevas formas

ción automática del crecimiento con algo teóricamente mejor. Para los defensores del decrecimiento, lo que necesita ser cuestionado en cualquier debate sobre un futuro diferente es la supuesta conveniencia del crecimiento según hoy se lo entiende (Latouche, 2009). Decrecimiento es un término subversivo.

Sin lugar a dudas, algunos sectores como la educación, el **cuidado** o las energías renovables deberán prosperar en el futuro, mientras que otros, como las industrias contaminantes o el sector financiero, deberán contraerse. El resultado final sería el decrecimiento. El **cuidado** y la educación brindan menores beneficios económicos que los productos industriales o financieros. Preferimos también utilizar palabras como «florecer» o «evolucionar» cuando nos referimos al **cuidado**, la salud o la educación, en lugar de hablar de «crecimiento» o «desarrollo». El cambio deseado es cualitativo, como en el florecimiento de las artes. No es cuantitativo, como en el crecimiento de la producción industrial. Tiene poco sentido hablar del desarrollo del cuidado, del mismo modo que tiene poco sentido hablar del «desarrollo» de la poesía o del teatro.

El concepto de «**desarrollo**», aun si quisiéramos depurarlo de su estricto significado histórico, o embellecerlo con adjetivos tales como equilibrado, local o sostenible, no deja de ser problemático. La palabra sugiere una evolución hacia un fin predeterminado. Un embrión «se desarrolla» hasta convertirse en un adulto maduro, que luego envejece y muere. Sin embargo, una premisa de las modernas sociedades liberales es la negación de cualquier finalidad colectiva, así como la negación de todo lo que no implique un ascenso. Sin referentes externos, el desarrollo se vuelve autorreferente: el desarrollo por el desarrollo, el avance de una predeterminada e incuestionable flecha de progreso sin un fin a la vista (Castoriadis, 1985).

Una crítica frecuente a la propuesta del decrecimiento es que solo es aplicable a las economías hiperdesarrolladas del Norte Global. Los países pobres del Sur aún necesitan crecer para satisfacer sus necesidades básicas. Ciertamente, el decrecimiento en el Norte reduciría la demanda y los precios de los recursos naturales y de los bienes industriales, haciéndolos más accesibles para el Sur en desarrollo. No obstante, en el Norte debe tenderse hacia el decrecimiento pero no para que el Sur siga el mismo sendero, sino principalmente para liberar un espacio *conceptual* en el que esos países puedan establecer sus propias trayectorias hacia lo que ellos definan como una vida buena. En el Sur Global existe una gran riqueza de cosmovisiones alternativas y de proyectos políticos, como el **buen vivir** en América Latina (o Sumak Kawsay en Ecuador), **Ubuntu** en Su-

dáfrica, o la gandhiana **Economía de la Permanencia** en la India. Estas visiones representan alternativas al **desarrollo**, trayectorias alternativas a la organización socioeconómica, que solo florecerán ante un repliegue del **imaginario** del crecimiento en los países del Norte, que han sido quienes lo han promovido o impuesto al resto del mundo.

El panorama del decrecimiento

A continuación, organizamos la (vieja y nueva) bibliografía sobre el decrecimiento en cinco temas: los límites del —y los límites al— crecimiento; decrecimiento y autonomía; decrecimiento como repolitización; decrecimiento y capitalismo; y propuestas para una transición al decrecimiento.

Los límites del crecimiento

Las tesis fundamentales del decrecimiento son que el **crecimiento** es: antieconómico e injusto; ecológicamente insostenible; nunca será suficiente; probablemente condenado a su fin al confrontarse con sus límites externos e internos.

El crecimiento es antieconómico porque, al menos en las economías desarrolladas, incrementa los daños de modo más rápido que la riqueza (Daly, 1996). Los costes del **crecimiento** incluyen una mala salud psicológica, largas horas de trabajo, congestión y contaminación (Mishan, 1967). El PIB computa los costes, como la construcción de una prisión o la descontaminación de un río, como beneficios.¹ El PIB puede aumentar pero, en las economías más desarrolladas, a partir de la década de 1970 los indicadores de bienestar como el Índice de Progreso Genuino o el Índice de Bienestar Económico Sostenible se han estancado. A partir de un cierto nivel de ingresos, es la igualdad y no el crecimiento el factor que aumenta el bienestar de la sociedad (Wilkinson y Pickett, 2009).

El crecimiento es injusto, primero, porque está subsidiado y sostenido por el invisible trabajo reproductivo en los hogares (ver **cuidado**). La **economía feminista** ha demostrado que este trabajo tiene una connotación de género; son las mujeres quienes se hacen cargo del mismo. Segundo, el crecimiento es injusto porque se beneficia de un intercambio desigual de los recursos entre el centro y la periferia; entre naciones y dentro de ellas. La energía y los materiales que alimentan al crecimiento son extraídos de las **fronteras de las mercancías** (commodity frontiers), a menudo en territorios indígenas o subdesarrollados que padecen los impactos de la

extracción. Los desechos y las sustancias contaminantes acaban en zonas marginales, comunidades o vecindarios de clase baja o cuyos habitantes son de diferente color o etnia que el resto mayoritario de la población (ver **justicia ambiental**). Sin embargo, aunque el crecimiento es antieconómico e injusto, puede también ser sostenido porque los beneficios son acumulados por quienes detentan el poder mientras que los costes los asumen los marginados.

La **mercantilización**, que es una parte esencial del **crecimiento**, está erosionando la sociabilidad y las buenas costumbres. El **cuidado**, la hospitalidad, el amor, el deber público, la conservación de la naturaleza, la contemplación espiritual; tradicionalmente, estas relaciones o «servicios» no obedecían a una lógica del beneficio personal (ver también **antiutilitarismo**). Actualmente, van convirtiéndose cada vez más en objetos de intercambio mercantil, cotizados y adquiridos en la economía formal del PIB. Las motivaciones para el beneficio desplazan a los comportamientos éticos o altruistas. Como resultado, el capital social disminuye (Hirsch, 1976).

A partir de un cierto nivel, el **crecimiento** no incrementa la **felicidad**. Esto se debe a que una vez que las necesidades materiales básicas están satisfechas, los ingresos extra se destinan cada vez más a bienes posicionales (por ejemplo, una casa más grande que la del vecino). Todos buscan el **crecimiento** para elevar su posición, pero como todos ascienden por igual, ninguno destaca sobre los demás. Es este un juego de suma cero. Peor aún, el **crecimiento** hace que los bienes posicionales se encarezcan. Son estos los **límites sociales al crecimiento**: el crecimiento no puede satisfacer la competencia por la posición; solo puede empeorarla. Por lo tanto, el **crecimiento** nunca logrará producir lo suficiente para todo el mundo (Skidelsky y Skidelsky, 2012).

El **crecimiento** es, además, ecológicamente insostenible. Con un crecimiento global continuo acabaremos sobrepasando la mayoría de los límites del ecosistema planetario. Existe una marcada y directa correlación entre el PIB y las emisiones de carbono que alteran el clima (Anderson y Bows, 2011). En teoría, la economía podría descarbonizarse gracias al avance de tecnologías más limpias y eficientes, o mediante un cambio estructural a favor de los servicios. No obstante, con un crecimiento mundial anual del 2 o 3 por ciento, el nivel de descarbonización necesario es casi imposible. La intensidad mundial del carbono (C/\$) en 2050 debería ser entre 20 y 130 veces menor que la actual, cuando la mejoría entre 1980 y 2007 fue solo del 23 por ciento (Jackson, 2008). Hasta el día de hoy, difícilmente encontraremos un país que pueda jactarse de una reducción absoluta en su

consumo de materiales o en emisiones de carbono al mismo tiempo que crece. Cuando consiguen tal cosa, ello se debe a que han externalizado las actividades industriales contaminantes hacia el mundo en desarrollo. Las reducciones absolutas en energía y en el uso de materiales (ver **desmaterialización**) difícilmente puedan alcanzarse a través del progreso tecnológico: cuanto más tecnológicamente avanzada y eficiente se torna una economía, más recursos consume porque estos se abaratan (ver la **Paradoja de Jevons**). Tampoco las economías de servicios son ligeras en cuanto a materiales. Los servicios tienen un alto nivel de **energía** (energía gris o energía incorporada). Los ordenadores o Internet incorporan infinidad de materiales raros y energía, así como conocimientos y mano de obra «producidos» también con energía y materiales (Odum y Odum, 2001).

En las economías desarrolladas, el **crecimiento** puede estar desacelerándose hasta estancarse. Esto podría deberse a una disminución de los rendimientos marginales (Bonaiuti, 2014), al agotamiento de las innovaciones tecnológicas (Gordon, 2012), o a limitaciones a la hora de generar demanda efectiva y posibilidades de inversión para que el capital se incremente geoméricamente a una tasa de interés compuesto (Harvey, 2010). También el FMI (2015), a partir de un discurso pronunciado por Lawrence Summers en 2013, está sosteniendo que el «estancamiento secular» podría ser el «nuevo normal». Los recursos naturales también suponen un límite al crecimiento. El crecimiento económico degrada las reservas energéticas de primer orden (baja entropía), convirtiéndolas en calor y emisiones de orden inferior (alta entropía). El **cénit del petróleo**, los picos en las tasas de extracción de reservas esenciales como el fósforo, y el cambio climático derivado de las emisiones de carbono, pueden ya estar restringiendo el crecimiento. Las nuevas reservas que sustituyen al petróleo, como el gas de pizarra, no dejan de ser agotables, y con frecuencia más sucias, como el carbón y las arenas bituminosas, acelerando así el cambio climático. La energía renovable procedente del sol o del viento es más limpia, pero las fuentes actuales tienen un excedente energético menor (rendimiento energético en relación a la inversión de energía – EROI) en función de las tecnologías actuales, si se las compara con los combustibles fósiles. En la transición a las renovables, será necesario consumir una enorme cantidad de energía convencional. Una civilización solar solo puede abastecer a economías más pequeñas, debido al bajo EROI de las energías renovables respecto a los combustibles fósiles. Una transición a las renovables será también una transición al decrecimiento.

Desde una perspectiva decrecentista, la actual crisis económica es el resultado de los límites sistémicos al crecimiento. No se trata de una

crisis cíclica ni de un fallo en el sistema crediticio. Primero, la crisis en Estados Unidos fue desencadenada por la subida del precio del petróleo; el comercio interno se vio afectado y la movilidad de los trabajadores desde los suburbios se volvió inasequible, derivando en ejecuciones hipotecarias de las viviendas y la subsiguiente crisis de los préstamos hipotecarios de alto riesgo. Segundo, la ficticia economía (burbuja) de los préstamos financieros y personales creció porque no había otra fuente de crecimiento ni otro modo de evitar que la demanda cayese. La deuda privada y pública prolongó una tasa de crecimiento que de cualquier otro modo hubiera sido insostenible (Kallis et al., 2009). Se retrasó el estancamiento, pero solo temporalmente.

Decrecimiento y autonomía

Para muchos partidarios del decrecimiento, este no equivale a una adaptación a límites inevitables, sino un proyecto conveniente a ser perseguido para alcanzar la **autonomía**. El término autonomía fue una palabra clave para Illich, Gorz y Castoriadis, pero para cada uno de ellos significaba algo ligeramente diferente. Illich (1973) la entendía como libertad de las grandes tecnoinfraestructuras y de las instituciones burocráticas centralizadas, tanto públicas como privadas, que gestionan a aquellas. Para Gorz (1982) la autonomía equivale a estar libre del trabajo asalariado. Autónoma es la esfera del trabajo no remunerado, donde los individuos y los colectivos disfrutan del ocio y producen para su propio uso, en lugar de por dinero. Para Castoriadis (1987), en cambio, autonomía equivale a la capacidad de un colectivo para decidir en común su futuro, liberado de los imperativos y certidumbres externos («heterónomos»), como la ley de Dios o las leyes de la economía.

Coincidiendo con Illich, los partidarios del decrecimiento se muestran en desacuerdo con los combustibles fósiles no solo debido al **cénit del petróleo** o al cambio climático, sino porque un consumo elevado de energía favorece sistemas tecnológicos complejos. Tales sistemas complejos requieren expertos y burocracias especializados para gestionarlos. Esto, a su vez, conduce inevitablemente a estructuras jerárquicas no igualitarias y antidemocráticas. La **autonomía**, en cambio, requiere de herramientas **convivenciales**, es decir, herramientas comprensibles, manejables y controlables por los usuarios. Un **huerto urbano**, una bicicleta o una casa de adobe autoconstruida son convivenciales y autónomos. Un campo de OMG resistentes a las condiciones climáticas, un tren de alta velocidad o un «edificio inteligente» energéticamente eficiente no lo son. Los

partidarios del decrecimiento son críticos con estos proyectos de alta tecnología para la modernización ecológica y el crecimiento verde, no solo porque pueden no resultar sostenibles, sino porque además reducen la autonomía. Los proyectos que suponen un imaginario decrecentista: la horticultura en terrenos baldíos, la programación pirata o los talleres de reparación de bicicletas son convivenciales, porque implican un trabajo no remunerado y están conformados y gestionados por sus participantes (ver **nowtopistas**).

En lugar de centrarse en *los límites al crecimiento*, la bibliografía sobre la **autonomía** enfatiza las *autolimitaciones* colectivas. Los límites, o mejor las autolimitaciones, no son aducidas solo por el bien de la naturaleza o para evitar una **catástrofe** inminente, sino porque vivir con sencillez y reducir nuestra huella ecológica sobre el mundo no humano en el que nos ha tocado vivir son formas de concebir una vida buena. No por ello menos importante, porque el establecimiento de límites nos libera de la paralizante necesidad de elegir entre opciones ilimitadas; y solo los sistemas con una escala limitada pueden tornarse genuinamente igualitarios y democráticos, pues solo ellos pueden ser gobernados directamente por sus usuarios.

Los límites son, por lo tanto, «una elección social... y no... un imperativo externo por razones ambientales o de otro tipo» (Schneider et al., 2010: 513). Los males y los riesgos ambientales o sociales —cambio climático, **cénit del petróleo** o crecimiento antieconómico— contribuyen a fortalecer los argumentos a favor de las auto-limitaciones colectivas.

No es ninguna coincidencia que algunos defensores del decrecimiento se inspiren en el **neomaltusianismo** anarco-feminista de Emma Goldman, y no en Malthus. Goldman y sus compañeras defendían la procreación consciente no en nombre de la explosión demográfica, sino como parte de la lucha contra la explotación **capitalista** de los cuerpos femeninos para producir soldados y mano de obra barata. La diferencia aquí es sutil pero crucial. Las **neomaltusianas** elegían conscientemente limitar su reproducción como parte de un proyecto de cambio social y político. No lo hacían por razones morales o porque «tenían que hacerlo». Tampoco lo hacían para evitar un desastre venidero. Su accionar era **político**; estaban prefigurando el mundo que querían crear y habitar.

Decrecimiento y repolitización

El término decrecimiento fue explícitamente lanzado como una «palabra misil» para repolitizar al **ecologismo** y acabar con el despolitizador con-

senso sobre el desarrollo sostenible (Ariès, 2005). El desarrollo sostenible despolitiza los antagonismos políticos genuinos sobre la clase de futuro que uno desea habitar; ciñe los problemas ambientales a su aspecto técnico, prometiendo soluciones en que todos ganan y la (imposible) meta de perpetuar al **desarrollo** sin dañar el medio ambiente. La modernización ecológica prometida por el desarrollo sostenible elude el dilema contemporáneo central, que según Bruno Latour (1998) plantea escoger entre «modernizar o ecologizar». El decrecimiento toma partido. La ecologización de la sociedad, argumentan los partidarios del decrecimiento, no pasa por llevar a cabo un **desarrollo** alternativo, mejor o más verde; se trata de imaginar y difundir visiones alternativas al moderno **desarrollo**.

Al respecto, el decrecimiento propone la politización de la ciencia, en oposición a la cada vez mayor tecnocratización de la política. Resulta imposible mantener una distinción clara entre ciencia y política cuando se trata de temas relacionados con la economía mundial o el cambio climático, áreas estas donde se libran «guerras de verdades» y los valores condicionan los conocimientos que los diferentes actores esgrimen. Son necesarios nuevos modelos para la producción democrática de conocimientos. La **ciencia posnormal** propone que en los análisis de la comunidad de pares u homólogos, que aseguran la calidad de las aportaciones científicas en la toma de decisiones, se amplíe a todos los sectores involucrados, incluyendo también a los profanos. La **ciencia posnormal** reclama un desplazamiento de la toma de decisiones de las «comunidades de expertos», como los comités científicos o los consejos asesores, hacia las «comunidades expertas» (D'Alisa et al., 2010).

El discurso tecnocrático y apolítico del desarrollo sostenible es una manifestación de un proceso más amplio de **despolitización** del debate público en las democracias liberales, a través del cual la política se ha visto reducida a la búsqueda de soluciones tecnocráticas a problemas predeterminados, en lugar de una lucha verdaderamente antagonica entre visiones alternativas. La **ecología política** atribuye esta **despolitización** al auge del neoliberalismo y del Consenso de Washington; estos subyugaron las opciones políticas soberanas a las necesidades del capital desregulado y de los mercados liberalizados. Los defensores del decrecimiento están de acuerdo con esto, pero ubican los orígenes de esta despolitización mucho más atrás en el tiempo. Las reformas neoliberales fueron —y siguen siendo— justificadas en nombre del crecimiento, a su vez justificado en términos de desarrollo. Este consenso sobre el desarrollo, que abarcó todo el espectro político de izquierda y derecha, y también detrás de la cortina de hierro, vació la política antes de que lo hiciera el neoliberalismo: las

economías socialistas acabaron pareciéndose a un **capitalismo** de Estado, porque permanecieron atrapadas en la búsqueda del **crecimiento** y del **desarrollo**.

Un rasgo distintivo de las economías modernas, tanto capitalistas como socialistas, ha sido la inversión (institucionalizada) de una porción significativa del plusvalor social en nueva producción. La consecuencia ha sido la negación de lo que era el ejercicio por excelencia de la soberanía política en las antiguas civilizaciones: la decisión sobre el destino del superávit (ver la teoría de la **dépense**). Con frecuencia, el superávit era destinado a desembolsos «derrochadores» que carecían de un propósito utilitario (ver **antiutilitarismo**). Los gastos en pirámides, catedrales, festivales, fuegos artificiales o lo que viniese eran aceptados porque *eran* el equivalente a «la buena vida» para estas civilizaciones, no porque contribuyeran a la producción o al crecimiento. En la moderna civilización industrial, tales actos de **dépense** derrochador han sido mercantilizados e individualizados. En la modernidad, cada individuo tiene que encontrar el sentido de su vida. La premisa es que cada individuo tiene derecho a movilizar todos los recursos necesarios para lograr tal objetivo. A nivel social, esto se traduce en una innegociable demanda de **crecimiento**; solo con el crecimiento podrán satisfacerse las demandas ilimitadas de los individuos. No obstante, puesto que los individuos buscan de manera esquiua el sentido básico, la esfera genuinamente «política» donde el sentido podría ser construido socialmente, mediante actos colectivos de **dépense**, termina siendo desplazada y subordinada al imperativo del **crecimiento**.

Decrecimiento y capitalismo

Como afirmase el desaparecido Eric Hobsbawm (2011: 12) «hay un conflicto evidente entre la necesidad de revertir, o al menos controlar, el impacto de nuestra economía sobre la biosfera y los imperativos de un mercado capitalista: máximo crecimiento en busca de beneficios». Dos premisas subyacen a esta afirmación. La primera fue defendida en la sección «Los límites del crecimiento»: el **crecimiento** económico inevitablemente aumenta los flujos de energía y materiales y afecta negativamente a la biosfera (los defensores del crecimiento verde o del capitalismo verde podrán contraargumentar que es posible crecer y —simultáneamente— reducir el impacto ecológico). La segunda premisa es que el crecimiento es un imperativo para el capitalismo.

Teóricamente, el **capitalismo** podría sobrevivir sin crecimiento. Las economías capitalistas pasan involuntariamente por períodos de creci-

miento mínimo, cero o negativo. Sin embargo, estos son siempre períodos pasajeros. Bajo el capitalismo, la falta de crecimiento conduce a un incremento de la explotación de la fuerza de trabajo, si ha de mantenerse la tasa de beneficios (Blauwhof, 2012; Harvey, 2010). La explotación no puede ser mantenida durante mucho tiempo sin que hayan estallidos de violencia. La ausencia de crecimiento desestabiliza al capitalismo y a la democracia liberal. Un ejemplo histórico sería el ascenso del fascismo después de la Gran Depresión, o antes, del comunismo en Rusia; proyectos políticos ambos que aspiraban a cambiar o acabar con el capitalismo. El **crecimiento** elude el conflicto redistributivo y sostiene políticamente al capitalismo. Es en este sentido concreto que el **crecimiento** es imprescindible para el capitalismo, no de manera abstracta.

La historia nos sugiere que es sumamente improbable que las naciones con economías capitalistas vayan a escoger *voluntariamente* no crecer. Una vez más, *teóricamente*, se puede uno imaginar un escenario en el que las fuerzas políticas accedan democráticamente al poder y establezcan legalmente ciertos topes al consumo de recursos y determinados mínimos sociales (por ejemplo, una **garantía de empleo** para los desempleados), condicionando el funcionamiento del capitalismo a límites ecológicos y sociales preestablecidos (Lawn, 2005). Sin embargo, para que esto suceda sería necesaria una redistribución radical del poder político. Topes, nuevos impuestos o programas que aseguren el ingreso o el trabajo perjudican económicamente a los poderosos intereses con acceso privilegiado a las esferas de gobierno. Blauwhof (2012) sostiene que nada que no sea una revolución traerá estas reformas institucionales. La pregunta es ¿podría un sistema con semejantes cambios políticos e institucionales continuar siendo capitalista?

Jackson (2009) responde que, francamente, no le importa si el sistema con las instituciones adecuadas para asegurar una prosperidad sin crecimiento podría ser llamado capitalismo o no. Pero, como sugieren Skidelsky y Skidelsky (2012: 6), el fin del crecimiento «nos desafía a imaginar cómo sería la vida después del capitalismo; pues un sistema económico en el que el capital no se acumula ya no sería capitalismo, sea cual sea el modo en que cada uno desee llamarlo».

El decrecimiento no se ciñe solo a una reducción de los flujos de energía y materiales. Se trata de imaginar y construir una sociedad no capitalista diferente. Una sociedad que logre convencerse a sí misma de que ya tiene suficiente y que no puede seguir acumulando. El capitalismo es un conjunto de instituciones —propiedad privada, la corporación, trabajo asalariado, y crédito privado y dinero a una tasa de interés— cuyo resultado final es una

dinámica del beneficio en búsqueda de más beneficio («acumulación»). Las alternativas, los proyectos y las políticas que caracterizan a un imaginario decrecentista son no capitalistas: reducen la importancia de las principales instituciones capitalistas, como la propiedad, el dinero, etc., y las sustituyen por instituciones imbuidas de valores y lógicas diferentes. El decrecimiento significa una transición más allá del capitalismo.

La transición al decrecimiento

Una transición al decrecimiento no equivale a una permanente trayectoria de descenso, sino una transición a sociedades convivenciales que viven simplemente, en común y con menos. Hay diversas ideas sobre las prácticas y las instituciones que podrían facilitar semejante transición, y sobre los procesos que pueden articularlas y permitirles evolucionar.

Prácticas económicas de base

Ecocomunidades, comunidades on line (ver **procumún digital**), comunidades **neorrurales**, **cooperativas**, **huertos urbanos**, **monedas sociales**, bancos de tiempo, mercados de trueque, asociaciones para el cuidado de niños o para la atención a la salud. En el contexto de la crisis, y en la medida en que las instituciones convencionales no logran satisfacer las necesidades básicas de la gente, hay una espontánea proliferación de nuevas prácticas e instituciones no capitalistas en lugares como Argentina, Grecia o Cataluña (Conill et al., 2012).

Estas **nowtopías** desde las bases comparten cinco características. Primero, hay un desplazamiento de la producción para el intercambio a la producción para el uso. Segundo, hay una sustitución del trabajo asalariado por la actividad participativa voluntaria, lo que implica una desmercantilización y una desprofesionalización de la mano de obra. Tercero, siguen una lógica a través de la cual se favorece la circulación de bienes, al menos parcialmente, mediante un intercambio recíproco de «dones» en lugar de la mera búsqueda de beneficio (ver **antiutilitarismo**). Cuarto, a diferencia de la empresa capitalista, no tienen una dinámica integrada tendente a la acumulación y la expansión. Quinto, son resultado de procesos de «puesta en común»; las conexiones y relaciones entre los participantes conllevan un valor intrínseco en y por sí mismas. Estas prácticas son no capitalistas: disminuyen el papel de la propiedad privada y del trabajo asalariado. Son nuevas formas de procomún.

También son ejemplos de decrecimiento en un sentido más restringido. Tienen un menor contenido de carbono y un menor consumo de materiales

si se los compara con los sistemas estatales o del mercado que ofrecen los mismos servicios. Ciertamente, por unidad producida pueden ser menos eficientes debido a un menor grado de especialización y de división del trabajo. Una red alternativa de alimentos orgánicos, por ejemplo, puede requerir más trabajadores por unidad producida que los requeridos por un agronegocio (pero menos fertilizantes, plaguicidas y combustibles fósiles). Esto no es necesariamente malo si lo vemos desde el punto de vista del desempleo. Los sistemas cooperativos descentralizados de provisión de agua o de producción de energía pueden tener un rendimiento inferior por unidad de trabajo o por recursos aportados; sin embargo, probablemente serán ecológicamente más benignos, precisamente porque su improductividad limita su escala (un efecto Jevons inverso): menos eficiente por unidad, más pequeño en conjunto.

Las prácticas alternativas de puesta en común son una fuente de innovación para la renovación de los servicios públicos, y evitan su privatización. Los sistemas cooperativos sanitarios o educativos no necesariamente deben reemplazar a la atención sanitaria o la educación públicas. Los cada vez más elevados costes de la educación y la salud públicas pueden ser reducidos involucrando a los padres en la educación de los niños, o desarrollando redes vecinales de médicos y pacientes que ofrezcan chequeos de salud preventivos y primeros auxilios básicos. La atención sanitaria preventiva basada en un conocimiento íntimo del paciente es mucho más barata que los diagnósticos y tratamientos de alta tecnología (que pueden quedar reservados para las ocasiones en que son imprescindibles). La implicación del usuario es generalmente más barata y más democrática que la externalización de los servicios públicos a proveedores privados motivados por el lucro.

Instituciones de prestaciones sociales sin crecimiento

Ante la ausencia de crecimiento, el desempleo aumenta. En una transición al decrecimiento, serán necesarias nuevas instituciones de prestaciones sociales para desvincular al trabajo asalariado del crecimiento, o para desvincular el bienestar del empleo asalariado. Un ejemplo del primero es el proyecto de **garantía de empleo**, que propone convertir al Estado en un empleador de última instancia, reduciendo *de facto* el desempleo a cero. Un ejemplo del segundo es la propuesta de una **renta básica** incondicional garantizada a todos los ciudadanos, financiada mediante una fiscalidad progresiva sobre los salarios y los beneficios (la tributación de los ingresos elevados puede establecer un **techo de ingresos**). Tal cosa

aseguraría un nivel básico de subsistencia y seguridad para todos los que no tienen acceso a un trabajo remunerado. El **reparto del trabajo**, es decir, una redistribución del trabajo entre los empleados y los desempleados, mediante la reducción de las horas de trabajo en el sector remunerado, puede también reducir el desempleo y redistribuir la riqueza, si las horas se reducen sin que disminuya el salario.

La esfera autónoma de actividades no remuneradas y convivenciales tiende a ampliarse si un ingreso básico asegura la satisfacción de las necesidades elementales o si el **reparto del trabajo** permite liberar tiempo del trabajo remunerado. Una **garantía de empleo** puede financiar actividades en la esfera autónoma, como servicios de **atención** y educativos, trabajo en huertos urbanos de alimentos, **cooperativas** o producción de software libre. Por tal razón, las nuevas instituciones de prestaciones sociales y las prácticas económicas no capitalistas son complementarias.

Los servicios de atención, educativos, sanitarios o ambientales tienen un alto valor social y proporcionan empleo significativo; todos ellos pueden constituir la columna vertebral de una **nueva economía**, próspera sin necesidad de **crecimiento**. Semejante economía afrontaría menos problemas de desempleo, pues sería una economía intensiva en mano de obra con bajo crecimiento de la productividad.

Instituciones monetarias y de crédito

El dinero emitido como deuda crea una dinámica de crecimiento. Las deudas son devueltas con un interés, y el interés fomenta el **crecimiento**. Las **monedas comunitarias**, los bancos de tiempo y los sistemas comerciales de intercambio local (LETS) pueden contribuir a reducir la escala y a relocalizar la actividad económica, limitando la circulación dentro de una comunidad. Las **monedas comunitarias** han servido como complemento en períodos de crisis, permitiendo el acceso continuado a servicios vitales a las personas que de otro modo hubiesen quedado fuera de la economía de mercado. No obstante, el dinero estatal continuará siendo el principal factor de intervención en una transición al decrecimiento: primero, porque los impuestos, una parte considerable del total en circulación, se pagan con ese dinero; y segundo, porque las **monedas comunitarias** no pueden satisfacer los requerimientos del comercio entre comunidades y el de carácter internacional, que es inevitable en economías complejas como la nuestra.

Una propuesta a favor de una transición al decrecimiento es que el Estado recupere el control de la masa monetaria que hoy controlan los bancos privados (**dinero público**). Los bancos privados, efectivamente,

crean nuevo dinero mediante la emisión de créditos. Mientras que los bancos privados solo pueden emitir dinero como deuda mediante préstamos, el Estado podría emitir dinero libre de deuda para satisfacer necesidades públicas. Por ejemplo, los estados podrían emitir dinero para financiar una **renta básica** o una **garantía de empleo**, o para subsidiar a **cooperativas**, servicios de **cuidado**, la conservación ambiental o las energías renovables. El **dinero público** mejoraría las finanzas públicas, puesto que los estados podrían reclamar el señoreaje (la diferencia entre el valor nominal del dinero y el coste de producirlo) y porque ya no tendrían que solicitar préstamos a los bancos privados para financiar los gastos públicos.

No se puede pretender que las economías continúen creciendo al ritmo necesario para pagar una **deuda** acumulada en el pasado para mantener un **crecimiento** ficticio (Kallis et al., 2009). La deuda es una relación social. La historia está llena de ejemplos de sociedades que han prescindido de las deudas y comenzado de nuevo. Las sociedades occidentales han mantenido un estilo de vida materialmente rico desplazando hacia el futuro los compromisos de pago. Una condonación de la deuda provocaría inevitablemente un empeoramiento de los niveles de vida de los pequeños ahorristas. Desde una perspectiva decrecentista, la meta no sería cómo relanzar el crecimiento para pagar la deuda, sino cómo distribuir equitativamente los costes de una renegociación de la deuda. Las **auditorías de la deuda** gestionadas por los ciudadanos son esenciales para determinar qué deudas son legítimas y cuáles no lo son. Puede ser legítimo, por ejemplo, perdonar las deudas de aquellos cuyo nivel de vida básico está amenazado, pero no pagar las deudas a quienes hayan concedido préstamos a intereses elevados.

Las políticas de una transición al decrecimiento

En la bibliografía sobre decrecimiento no encontramos un acuerdo unánime sobre las políticas y las estrategias mediante las cuales determinadas instituciones alternativas, imbuidas de los valores del decrecimiento, podrían llegar a reemplazar a las actuales instituciones del **capitalismo**. Las estrategias preferidas y los sujetos políticos van desde los **nowtopistas** defensores del trabajo no remunerado que comparten una experiencia —casi de clase— de vida y producción autónomas, hasta los movimientos sociales, partidos políticos y hasta **sindicatos** ya existentes. Si hay un consenso, es en que una transición al decrecimiento solo puede ser el resultado de múltiples estrategias y múltiples actores; un movimiento de movimientos que cambie tanto las prácticas cotidianas como las instituciones estatales (Demaria et al., 2013).

D'Alisa et al. (2013) clasifican a las estrategias y los actores del decrecimiento en civiles e «inciviles», definiendo como inciviles a quienes se resisten a ser «gubernamentalizados». La **desobediencia** organizada figura en el repertorio de los activistas por el decrecimiento. Dicha desobediencia va desde la ocupación de viviendas abandonadas («okupas») hasta sentadas en contra de megaproyectos y centrales eléctricas de carbón. La **desobediencia** financiera incluye actos como el de Enric Duran, un destacado activista barcelonés por el decrecimiento que «expropió», según sus propias palabras, 492.000 euros a 39 bancos, mediante préstamos, poco antes de la crisis de 2008, para denunciar el sistema especulativo de créditos y destinar ese dinero a proyectos alternativos.

Latouche (2009), en cambio, considera que la transformación propondrá principalmente de la política parlamentaria y de las acciones de los grupos de base. Propone el decrecimiento como una agenda para los partidos de izquierda, aunque se opone a un «partido por el decrecimiento» específico. Otros autores depositan más esperanza en movimientos sociales como los **Indignados** para transformar al sistema parlamentario en una forma más directa de democracia, como la representada por las asambleas en las plazas. Otros ponen énfasis en el potencial transformador de las prácticas económicas no capitalistas de base: las experiencias en educación, **cuidado**, provisión de alimentos, vida y producción son consideradas **políticas**, aun cuando no tengan lugar en los ámbitos tradicionales asociados con la política, como partidos, elecciones o parlamentos. Son experiencias **políticas** porque desarrollan alternativas concretas y en abierto desafío a las instituciones dominantes del **capitalismo**; alternativas que deben ser universalizadas. De manera interesante, en las prácticas del movimiento de los **Indignados**: sentadas, huertos en las plazas, comedores comunitarios, mercadillos de intercambio, prefiguran los valores expresados por los proyectos alternativos; el movimiento podría ser la incipiente expresión política de los **nowtopistas**.

Una hipótesis es que el cambio sistémico en la dirección del decrecimiento seguirá una dinámica similar a la de anteriores cambios sistémicos. El capitalismo surgió espontáneamente del feudalismo a medida que iban forjándose conexiones entre nuevas prácticas económicas (empresas, corporaciones, contratos comerciales, bancos, inversiones), y luego con las instituciones resultantes de las luchas sociales en apoyo de tales prácticas (abolición de las monarquías y de los privilegios feudales, cercamiento de los **commons**, democracia liberal, leyes para la protección de la propiedad privada). Las prácticas de base y las instituciones monetarias y de prestaciones sociales analizadas en esta sección pueden ser las semillas

de una nueva transformación que surge desde dentro del sistema, en la última crisis del capitalismo y debido a que la etapa de crecimiento y expansión se acerca a su fin.

El futuro del decrecimiento

El futuro del decrecimiento se presenta abierto. Es necesario continuar investigando para fortalecer las reivindicaciones del decrecimiento, reivindicaciones estas que están firmemente afianzadas dentro de la comunidad por el decrecimiento, considerando las premisas compartidas, pero aun falta mucho para que sean aceptadas en el ámbito académico y por la sociedad en su totalidad. Entre las citadas premisas podemos destacar: la imposibilidad de la desmaterialización mediante los avances tecnológicos y la inevitabilidad de un cambio climático desastroso si el crecimiento continúa; la entrada de las economías desarrolladas en una etapa de estancamiento sistémico (o secular), debido en parte a los límites de los recursos; o la hipótesis de que un abandono del crecimiento posibilitará una revitalización de la política y un fortalecimiento de la democracia, en lugar de favorecer pasiones catastróficas. Una mayor investigación nos ayudará a comprender cómo se adaptan las personas y las naciones a una falta de crecimiento, por qué determinadas prácticas de base tienen éxito mientras que otras fracasan o acaban incorporadas a lo establecido, o cómo y bajo qué condiciones, las nuevas instituciones de prestaciones sociales lograrán los resultados que sus defensores les atribuyen.

La cuestión política tiene que ver con la dinámica social, los actores, las alianzas y los procesos que generará una transición al decrecimiento. Esta cuestión no es solo intelectual. El cambio social es un proceso creativo, imposible de predecir por anticipado. Los estudios académicos sobre el decrecimiento pueden ofrecer argumentos y narrativas que alienten las políticas de transición. Las ideas bosquejadas en esta sección ya han hecho tal cosa. No obstante, si el decrecimiento ha de permanecer como un concepto vivo y actualizado, no hay razón para que tales ideas sean las únicas narrativas. Podemos utilizar las «materias primas» del vocabulario del decrecimiento para crear constantemente nuevos imaginarios y nuevos argumentos que eludan los falsos dilemas, como el de «austeridad *versus* gasto». Esto es lo que tratamos de hacer en el escrito final de este libro, donde desarrollamos una nueva tesis: la de fundamentar el decrecimiento en la **dépense**.

Referencias

- AMAR, A. (1973), «La croissance et le problème moral», *Cahiers de la Nef. Les objecteurs de croissance*, 52, p. 133.
- ANDERSON, K. y BOWS, A. (2011), «Beyond ‘dangerous’ climate change: Emission scenarios for a new world», *Philosophical Transactions of the Royal Society*, 369, pp. 2-44.
- ARIÈS, P. (2005), *Décroissance ou Barbarie*, Lyon, Golias.
- BLAUWHOF, F. B. (2012), «Overcoming accumulation: Is a capitalist steady-state economy possible?», *Ecological Economics*, 84, pp- 254-261.
- BONAIUTI, M. (2014), *The Great Transition*, Londres, Routledge.
- CASTORIADIS, C. (1983), *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, Tusquets.
- (1985), «Reflections on ‘rationality’ and ‘development’», *Tesis*, 10/11, pp. 18-35.
- CATTANEO, C., D’ALISA, G., KALLIS, G. y ZOGRAFOS, C. (Eds) (2012) «Degrowth futures and democracy’, Edición especial, *Futures* 44 (6): 515-523.
- CONILL, J., CARDENAS, A., CASTELLS, M., HLEBIK, S. y SERVON, L. (2012), *Otra vida es posible: prácticas alternativas durante la crisis*, Barcelona, Ediciones UOC.
- D’ALISA, G., BURGALASSI, D., HEALY, H. y WALTER, M. (2010), «Conflict in Campania: Waste emergency or crisis of democracy», *Ecological Economics*, 70, pp. 239-249.
- D’ALISA, G., DEMARIA, F. y CATTANEO, C. (2013), «Civil and Uncivil Actors for a Degrowth Society», *Journal of Civil Society* 9 (2): 212-224.
- DALY, H. (1996), *Beyond Growth: The Economics of Sustainable Development*, Boston, Beacon Press.
- DEMARIA, F., SCHNEIDER, F., SEKULOVA, F. y MARTÍNEZ-ALIER, J. (2013), «What is degrowth? From an activist slogan to a social movement», *Environmental Values* 22 (2), pp. 191-215.
- FONDO MONETARIO INTERNACIONAL (2015), «Lower Potential Growth: A New Reality». *World Economic Outlook*, disponible: <http://www.imf.org/external/pubs/ft/survey/so/2015/new040715a.htm>.
- GEORGESCU-ROEGER, N. (1996), *La ley de la Entropía y el proceso económico*, Madrid, Fundación Argentaria-Visor Libros.
- Gordon, R. J. (2012), «Is U.S. Economic Growth Over? Faltering Innovation Confronts the Six Headwinds», *The National Bureau of Economic Research Working Paper* No. 18315.
- GORZ, A. (1982), *Adiós al proletariado*, Barcelona, Ediciones 2001.

- (1979), *Ecología y política*, Barcelona, Iniciativas Editoriales.
- (M. Bosquet), 1972, *Nouvel Observateur*, París, 397, 19 de junio. Actas de un debate público titulado «Ecologie et revolution» organizado en París por el *Club du Nouvel Observateur*. En el que participaron, entre otros, Herbert Marcuse, Edgar Morin, Edward Goldsmith y Siccó Mansholt. Los actos de este debate se publicaron en castellano bajo el título «Ecología y revolución» en Chile (Universitaria, 1972) y Argentina (Nueva Visión, 1975).
- GRINEVALD, J. (1974), *L'économiste Georgescu-Roegen: intégrer l'économie dans la problématique énénergétique et écologique*, Ginebra: Uni information, Service de presse et d'information de l'Université de Genève.
- GRINEVALD, J. y RENS, I. (1979), *Demain la décroissance: entropie-écologie-économie*, Lausanne, Pierre-Marcel Favre.
- HARVEY, D. (2013), *El enigma del capital: y la crisis del capitalismo*, Madrid, Akal.
- HIRSCH, F. (1976) *Los límites sociales al crecimiento*, México: F.C.E.
- HOBBSAWM, E. (2011), *Cómo cambiar el mundo, Marx y el marxismo 1840-2011*, Barcelona, Crítica.
- ILLICH, I. (1973), *La convivencialidad*, Barcelona, Virus, 2012.
- JACKSON, T. (2011), *Prosperidad sin crecimiento*, Barcelona, Icaria Editorial.
- KALLIS, G., MARTÍNEZ-ALIER, J. y NORGAARD, R. B. (2009), «Paper assets, real debts: An ecological-economic exploration of the global economic crisis», *Critical perspectives on international business* 5 (1/2), pp. 14-25.
- KALLIS, G., SCHNEIDER, F. y MARTÍNEZ-ALIER, J. (eds.) (2010), «Growth, Recession or Degrowth for Sustainability and Equity?», Special Issue, *Journal of Cleaner Production* 6 (18), pp. 511-606.
- KALLIS, G., KERSCHNER, C. y MARTÍNEZ-ALIER, J. (eds.) (2012), «The Economics of Degrowth», *Ecological Economics* 84, pp. 172-180.
- KALLIS, G., KALUSH, M., O'FLYNN, M., ROSSITER, J. y ASHFORD, N. (2013), «'Friday off': Reducing Working Hours in Europe», *Sustainability* 5(4), pp. 1545-1567.
- KOSOY, N. (ed.) (2013), «Degrowth: The Economic Alternative for the Anthropocene», Special Issue, *Sustainability* 5. HTTP disponible en: <https://www.mdpi.com/journal/sustainability/special_issues/de-growth>.
- LATOUR, B. (1998), «To modernize or to ecologize? That's the question», en Castree, N. y Willems-Braun, B. (eds.), *Remaking Reality: Nature at the Millenium*, Londres, Routledge.

- LATOUCHE, S. (2009), *Farewell to Growth*, Cambridge, Polity Press.
- (2011), *La sociedad de la abundancia frugal. Contrasentidos y controversias del decrecimiento*, Barcelona, Icaria.
- LAWN, P. (2005), «Is a democratic-capitalist system compatible with a low-growth or steady-state economy?», *Socio-economic Review* 3 (2), pp. 209-232.
- MARTÍNEZ-ALIER, J., KALLIS, J., VEUTHEY, S., WALTER, M. y TEMPER, L. (2010), «Social Metabolism, Ecological Distribution Conflicts, and Valuation Languages», *Ecological Economics* 70 (2), pp. 153-158.
- MEADOWS, D.H., MEADOWS, D.L. y RANDERS, J. (1972), *Los límites del crecimiento: Edición 2012*, Buenos Aires, Ed. Taurus.
- MISHAN, E.J. (1967), *Los costes del desarrollo económico*, Vilassar de Mar, Oikos-Tau, 1989.
- ODUM, H.T., y ODUM, E. C. (2001), *A Prosperous way down*, Boulder, University Press of Colorado.
- SAED (2012), «Introduction to the Degrowth Symposium», *Capitalism Nature Socialism* 23 (1), pp. 26-29.
- SCHNEIDER, F., KALLIS, G. y MARTÍNEZ-ALIER, J. (2010), «Crisis or opportunity? Economic degrowth for social equity and ecological sustainability», Special issue, *Journal of Cleaner Production*, 18(6), pp. 511-518.
- SEKULOVA, F., KALLIS, G., RODRÍGUEZ-LABAJOS, B. y SCHNEIDER, F. (2013), «Degrowth: From theory to practice», *Journal of Cleaner Production* 28, pp. 1-6.
- SKIDELSKY, R. y SKIDELSKY, E. (2012), *How Much is Enough?*, Nueva York, Other Press.
- SUMMERS, L. (2013), «Why stagnation might prove to be the new normal». *Financial Times*, disponible: <http://www.ft.com/cms/s/2/87cb15ea-5d1a-11e3-a558-00144feabdc0.html>.
- WHITEHEAD, M. (2013), «Degrowth or regrowth?», *Environmental Values* 22 (2), pp. 141-145.

Nota

1. En este capítulo, cuando no ofrecemos referencias por los argumentos que hacemos, significa que el soporte del argumento puede ser encontrado en la respectiva entrada (indicada en negrita).